

LA ILUSTRACION ARTISTICA

# La Ilustracion Artística



LA ILUSTRACION ARTISTICA

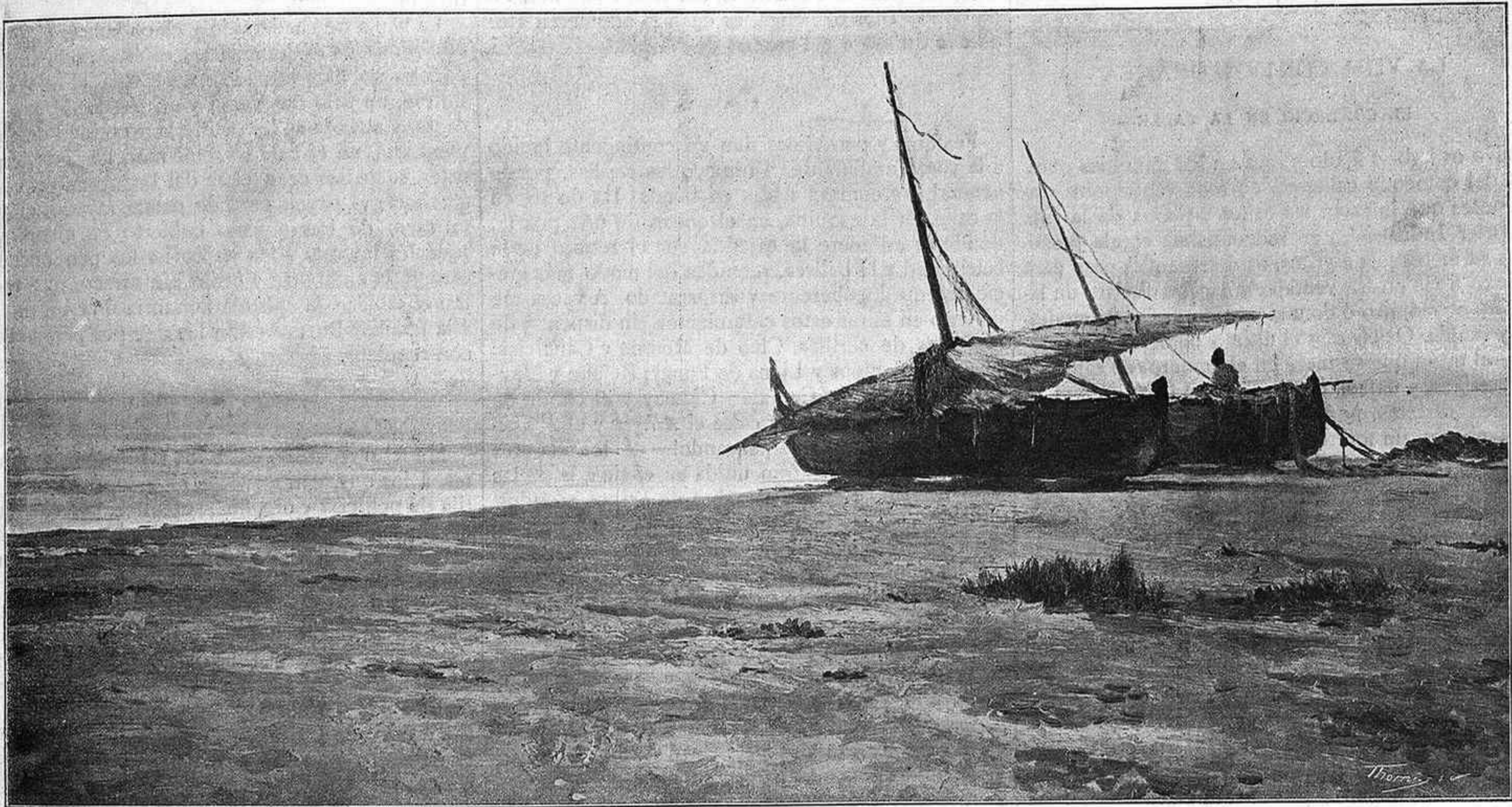


AÑO XXI

BARCELONA 3 DE FEBRERO DE 1902

NÚM. 1.049

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PLAYA, cuadro de Modesto Urgell (Salón Parés)



QUIETUD cuadro de Modesto Urgell (Salón Parés)





**Texto.** - *La vida contemporánea. El comercio en la calle*, por Emilia Pardo Bazán. - *Pensamientos*. - *Antropos*, por Carlos María Ocantos. - *Huesos removidos*, por José María Sbarbi. - *El cura de á bordo (cuento)*, por León Roch. - *Nuestros grabados*. - *Noticia de Bellas Artes*. - *Problema de ajedrez*. - *El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). - *Guerra anglo-boer. Construcción de blocaos*. - *Un tranvía eléctrico rápido en los Estados Unidos*. - Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.** - *Playa*. - *Quiétude*. - *Calle de un villorio*, cuadros de Modesto Urgell. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Antropos*. - *Después del festín*, cuadro de Leonor Fortescue-Brickdale. - *Aldeanas de Dachau*. - *Las noticias del día*. - *Labor difícil*, cuadros de Guillermo Leibl. - *Estatua de Bismarck*, boceto modelado por Hugo Lederer. - *La danza*, fuente modelada por Walter Schott. - *Un arroyo*, cuadro de Gustavo Bamberger. - *Pensativa*, cuadro de Roberto Schiff. - *Guerra anglo-boer. Construcción de un blocao*. - *Los cimientos*. - *Colocación del techo*. - *Aspecto del blocao en el segundo día de su construcción*. - *El blocao terminado*. - *Plaza de Besalú*, cuadro de José M.<sup>o</sup> Tamburini. - *Timpano del hospital clínico recientemente edificado en Barcelona*, obra de Rafael Atché.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### EL COMERCIO EN LA CALLE

¿No os habéis fijado nunca en los humildes puestos del comercio callejero, en esos vendedores ambulantes que infestan las calles y plazas de la villa y corte? Industriales en reducidísima escala pregonan su mercancía á gritos, os detienen al paso para que os fijéis en las ventajas y excelencias de un lapicero económico ó de una pastilla de jabón modesta y limpia. Os ofrecen el último juguete de sorpresa - el ratón que se mete en el agujero, el gato que le persigue; - os facilitan la adquisición de horquillas, peines, carteras, portamonedas, espejitos de mano; os embocan un torero de yeso ó un almanaque de pared, cuando no os brindan á *perro grande y chico* obras de escritores conocidos, asegurándoos - y puede que tengan razón - que el papel *vale más...* Los editores que echaron mal sus cuentas ó á quienes por cualquier motivo se les torció el negocio, suelen lanzar así al mercado el remanente de sus almacenes, para que lo dispersen y liquiden los vendedores ambulantes; oficio que ellos desempeñan á las mil maravillas. Yo he oído pregonar en la Puerta del Sol los poemas de Campoamor, viejas ediciones estancadas, á precios de sofocante baratura. Campoamor regalaba sus obras á quien quería publicarlas; así es que tuvo editores á centenares, y seguirá teniendo. También oí gritar mi nombre en la Puerta del Sol, recientemente, por docenas de *camelots*; era un resto de edición del primer año del *Nuevo Teatro Crítico*, publicado hace unos catorce ó quince por una casa editorial que nació bajo muy buenos auspicios - la de Manso de Zúñiga - y que por causas ajenas probablemente á los vaivenes de la librería quebró algunos después. «Hay mucho de melancólico en estos fines de amor», dice Pablo Bourget; y yo, substituyendo lo amoroso, que aquí no viene á cuento, por lo de editorial, digo que en los fines de un negocio emprendido con bríos y desgraciado por razones que no me toca analizar, hay mucho de triste. Pero si los libros corren, ¿qué más da que los disperse el viento de tempestad de la quiebra, que la brisa igual y suave de la venta tranquila, encalmada, en el mostrador de los libreros?

\* \*

Una de las formas de la venta ambulante está íntimamente unida á la mendicidad. Niñas escualidas os asedian con la *carrerita de alfileres* (los alfileres son la mercancía mendicante por excelencia) á precio doble ó triple del que la misma carrerita alcanza en cualquier tienda de sedas ó perfumería. En efecto, aquí se observa que la mercancía callejera suele costar más que la de los comercios. Siempre el dar un artículo, aunque sea caro y malo, á cambio de la limosna, es un adelanto con respecto al sistema de pedir *en seco*; siempre lleva inherente la idea de que nada se da por nada en este mundo. Acaso los alfileritos se conviertan en base de la supresión de la mendicidad, supresión tan apetecida y soñada, y por ahora tan improbable, en este Madrid bendito, donde no se logra apearse á la puerta de ningún comercio, casa ó templo, sin que á derecha é izquierda surjan mendigos, lisiados, tullidos, ciegos, chiquillos y mujeres con cría.

El lucro de las carreritas de alfileres, tan desproporcionado, es positivo. La gente, sin regatear, los adquiere á los precios verdaderamente fantásticos que señalan las chiquillas expendedoras. Somos de esta hechura característica: no nos paramos en pequeñeces. Las economías insignificantes no creemos que valen la pena. Ningún español calcula lo que representa, al cabo del año, el derroche de una peseta diaria. Soltar las 365 juntas causaría un síncope mortal á los que tiran gustosos la de todos los días, alegando que «eso no va á ninguna parte.»

Prueba de lo que desdeñamos las economías menudas, es otro tráfico, el de los billetes de lotería. A la puerta de las administraciones donde no hay sino entrar para elegir de entre los números el que más agrade, industriales activos os venden la misma mercancía con un sobreprecio proporcional á vuestra generosidad ó vuestro capricho. Dos pasos al frente y os ahorráis el sobreprecio; y además - esto ya es el *bouquet*, - y además no corréis el peligro de que os endosen un décimo falso. Nunca me he explicado cómo puede ser una profesión la de revender billetes de lotería. Lo es, no obstante, y los no-charniegos de Madrid rara vez acuden á las administraciones para tentar la suerte: al salir del café, de la viña X ó del sótano Z, del teatro por horas ó de donde Dios disponga, es cuando adquieren «los 28.000 duros» ó «el gordo» de Navidad.

\* \*

Fósforos y periódicos dan un contingente lucido á la venta ambulante. Tampoco las cerillas, por lo general, las compra nadie en tienda. Ha de ser en la calle, en la esquina, en el quicio de una puerta, donde se adquiere la cajetilla con el retrato de la celebridad y la belleza, reunidas del modo más graciosamente incoherente y disparatado. A veces me divierte en mirar estos casamientos, sin dispensa, de las cajas de cerillas. Cleo de Merode y Canalejas; Martínez Campos y Liana de Pongy; Réjane y Maura; la princesa de Caramán Chimay y el conde de Romanones... Son estas cajas el *Allegro* y el *Pensiero* - ¡caritativamente pensando! - de los señores formales que encuentran unida su efigie á la de las *demi mondaines* más vivarachas de ambos mundos.

Si les molesta habrán de resignarse. Su cara pertenece al público, que hace de ella lo que quiere. Tal ha sido siempre el destino de las caras ilustres ó famosas, empezando por las de las divinidades, que estampadas en la moneda corrieron desde los tiempos primitivos por tabernas y sitios peores aún, siguiendo por las de los reyes que vinieron á reemplazar á los dioses y entregaron su efigie á la profanadora promiscuidad de las transacciones comerciales, y continuando, desde la Edad media, por la de los hombres más celebrados, populares y eminentes, á quienes la caricatura cogió en sus garras de bestezuela burlona, y á quienes presentó bajo aspectos propios para redimir á los demás hombres de la servidumbre de la admiración, que pesa bastante y agobia no poco. La caricatura gusta por eso: porque entrega á la risa lo que antes volaba y se erguía en los dominios de lo heroico y respetable. ¡Reirse á carcajadas de lo que está más alto que nosotros! Eso siempre será delicada fruición.

El genio de la Edad media, tan bien adivinado por Víctor Hugo, que lo clasificó entre las épocas regocijadas y grotescas de la historia, ha dejado elementos preciosos para la evolución de la caricatura. El Renacimiento los desarrolló; la Edad moderna se empapó en ellos. No existe hoy cosa que no se caricature. Y en la caricatura han encontrado filones de oro los periodiquitos y modestas ganancias los vendedores ambulantes.

Otras no tan lícitas, reprobables diría mejor, son las que sacan estos mismos vendedores de las fotografías transparentes y los libracos sucios. Lamento que no se persigan semejantes modos de vivir; pero, yéndome á la raíz de las cosas, como procuro por lo general hacer para no incurrir en injusticia, lamento más aún que el público esté dispuesto á comprar tales porquerías. Se compra lo que se vende; pero sería más exacto aún decir que se vende lo que se compra. Y por desdicha, tienen siempre infinitos compradores los consabidos librecos y fotografías, no ya *in*, sino *anti-decorosas*. Sacar dinero de porquerías es malo, pero es peor sacar dinero del bolsillo para porquerías.

\* \*

En cuanto á otras industrias callejeras y humildes, en ellas pueden encontrarse revelaciones acerca del estado social. Es consolador que aumente la venta de cepillos, jabones color rosa y verde lechu-

ga, esponjas de á veinte céntimos, elixires para los dientes y polvos para el mismo uso. Eso indica que la gente se lava más. Tampoco me desagrada la venta de flores por la calle, los ramilletes, esos sencillos ramilletes de á *perra*, que luego vuelvo á ver adornando el pecho de una muchacha vestida de percal y con pañuelo sobre los caracoles del peinado. Es la poesía en pequeño, la nota graciosa y estética, la sonrisa, el pedazo de alegría y de goce que necesitan todos para vivir y respirar. Es lo superfluo del pobre, tan necesario como lo indispensable. ¡Cuántas ilusiones, cuántas venturas, cuántas ternuras, qué de verdadera pasión representa á veces el ramillete de violetas ó de rosas te á *perra gorda!*

\* \*

La venta en la calle de objetos de escritorio delata la poca costumbre de escribir que aquí se tiene. Parecerá que es lo contrario: no, no me equivoco; es como digo. Porque esos objetos de escritorio vendense al menudeo: un cuadernillo de papel y cinco sobres es la cantidad que más á menudo se despacha. Y con un cuadernillo de papel y cinco sobres, calculen qué nutrida correspondencia ha de permitirse un individuo.

La venta de cuadernillo y cinco sobres explica la costumbre de escribir en los cafés. Muchísimos españoles no han poseído en su vida el lujo de un tintero, un palo de pluma y un pliego de papel secante, y cuando se les ocurre la necesidad de enviar una carta, en el café se remedian. La tinta, en los cafés, suele ser agua clara del Lozoya; el cabo, un garabato; el papel, puré de patata rayado; el pico, un trozo de hierro viejo cubierto de mugre; pero ¿qué les importa á los improvisados pendolistas de ortografía autónoma y estilo pintoresco, que redactan el sablazo, la epístola amatoria ó la breve carta á la familia? Buenos están los tiempos para andarse con repulgos.

\* \*

Me faltó recordar, entre los vendedores ambulantes, á los que, con misterio, al oído, ofrecen la sortija de pedrería y oro, fina, auténtica, por unas cuantas pesetas, pues se trata de sacar á una familia decente de un apuro, y es mala vergüenza que conste que desbarata así, en la calle, sus joyas. Eternamente habrá quien, tentado de la codicia, piense adquirir el *Regente* por cinco duros, aunque sea robado... ¡qué diantre! ¡Pues si se fuese á reparar! Y eternamente esos cándidos pillos tronarán contra la maldad y la perfidia humanas, cuando lleven su sortija á casa de un platero y se encuentren con que es de magnífico latón y riquísimo vidrio.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

Es preciso unir en la educación el corazón maternal con la inteligencia de un hombre.

EL P. GIRARD.

La inteligencia es una admirable ama de casa: un día ú otro saca partido de todo lo que ha recogido y clasificado en su hogar.

- La imaginación, cuando es verdadera, es una de las facultades que resisten mejor la acción de los años. En el ocaso de la edad, las inteligencias vigorosas parece como que dan á sus obras los más bellos colores del otoño.

- Las paradojas de los hombres superiores llegan á ser los lugares comunes de la generación que les sigue.

DOUDAN.

Los que nada hacen se creen capaces de hacerlo todo.

MME. DE TRACY.

El padre de la gloria y de la felicidad es el trabajo.

EURÍPIDES.

La moral es una planta cuyas raíces están en el cielo y cuyos frutos y flores embellecen y embalsaman la tierra.

- El pasado es una especie de lámpara puesta á la entrada del porvenir para disipar una parte de las tinieblas que lo envuelven.

- Todos los hombres fingen amar la verdad, y esta es una de las mejores pruebas de la obligación que tienen de amarla realmente.

LAMENNAIS.

La ancianidad levanta la máscara con que la gracia de la juventud cubre nuestros defectos; de modo que el que no quiere parecer feo cuando llegue á viejo, es preciso que se apresure á ser bueno.

E. MARLITT.

Todos hemos nacido en el dolor y por el dolor; el secreto de la vida consiste en soportar heroicamente las penas.

LAMARTINE.

Día vendrá en que, no el cañón, sino el maestro de escuela será el árbitro de los destinos de Europa.

LORD BROUGHAM.





Antropos, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares; subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agentes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.

Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

— No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verlas continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió, de orgullo, al sentirse tan alto, lejos para siempre de la mísera catedral, á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.

— Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni ser viviente que la hollase; el rumor de los de abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoísmo, armado de todas armas, guardaba las

puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegabá su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

\*\*\*

Una tarde escuchó ligero ruido, que en aquel silencio parecía estrépito, y Antropos divisó dos cóndores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso, llamó por tercera vez á sus genios.

— No quiero que otro que yo reine en el espacio, les dijo. Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda, que las nubes se amontonaban, vergonzosas, á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco del silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: el trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos, con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de soles. ¡Oh, rabia!, ¡oh, humillación!, encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué servíale su ciencia?, ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.

¿Quién más alto que él? Abajo, las nubes cubrían ya la torre y en un océano de vapores se sumergía la tierra entera: Antropos, el único, el soberano, tocaba ya á las estrellas, las insolentes disputadoras de su poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre arriba. Sobre las ondas del éter navegaba como en la inmensidad de un mar azul, desierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su madre, la tierra, y de los hombres, sus hermanos, la vida que animaba el cuerpo de Antropos, el calor que encendía su sangre y la lámpara de su cerebro, iban deprimiéndose y apagándose: sus miembros temblaban, le zumbaban los oídos, los ojos se le cubrían de nieblas espesas, y el pensamiento poco á poco quedaba aterido, como pájaro que sepultó la nieve. Su compañera, la Medicina, quisiera prestarle auxilio, pero ella también se sentía impotente en la majestad solemne del espacio, ella, hija raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siempre. Antropos, en el fondo de la barquilla, no percibía ya el

fulgor de los mundos sobre su cabeza. Tenía los ojos cerrados y no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixiado en el vacío.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Triadó.)

### HUESOS REMOVIDOS

Hase dicho por alguien que la Iglesia aplica á los muertos los méritos de los vivos, en tanto que la Nobleza aplica á los vivos los méritos de los muertos. Mucho habría que contar aquí si fuéramos á remover los huesos de más de cuatro excelentísimos bribones y más de ocho excelentísimas bribonas, que engañando, ó tratando de engañar, al mundo por medio de sus hipocresías, trapacerías, bellaquerías, felonías y varias otras lindezas terminadas en *ías*, cubrieran las repugnantes lacras que los y las corroen, con los gloriosos timbres de sus antepasados. Por otra parte, la vil lisonja ha formado más entronques y ramas dinásticas en el terreno de la Heráldica, que granos de arena registra el mar en sus dilatadas orillas.

Tal sucedió, como no podía ser por menos, con el bueno de nuestro Excmo. Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro. Quién decía que su verdadero primer apellido era *Costa* y no *Costal*, mientras sostenían otros que era *Cuesta*; quién aseguraba que *Costal de Adá* significaba que había salido de la *costilla de Adán*, en la cual luminosa interpretación no se equivocaba de seguro; pues, como dice el refrán, sabido es que *todos somos hijos de Adán y de Eva, sino que nos diferencia la lana y la seda*. No faltó linajista que extremara esta última opinión, alegando que el tal sujeto descendía por línea transversal del virrey del Perú Excmo. Sr. D. Gabriel de Avilés y Fierro, quien, no obstante ser hijo de marqués (y de marqués que escribió un libro intitulado *Ciencia heroica, reducida á las leyes heráldicas del blasón*), daba escasa importancia, si alguna, á las distinciones que halagan la vanidad de ciertos mortales, supuesto que mientras le enviaban de España la copia ó descripción de su escudo nobiliario, mandó pintar para su uso privado, que sólo mostraba á sus más íntimos amigos, uno que consistía en cruz de gules encima de una espada sobre campo azul, y debajo un hombre (*Adán*, después del pecado), removiendo la tierra con un azadón, y en cuyo remate por la parte inferior se leía el siguiente mote, en oro, sobre fondo de plata:

*De este destripaterrones  
venimos los infanzones.*

Tocante al segundo apellido, *Pro*, no discurrían los curiosos con menor variedad. Éste decía que venía de *provecho*; aquél, que siendo este vocablo una preposición inseparable, así en la lengua del Lacio como en la nuestra, suponía desde luego la omisión de otro vocablo que había desaparecido con el transcurso de las edades y generaciones, verbigracia, *Procónsul*, *Probo*, *Proto*, etc. Por último, á alguno se le ocurrió que, escribiéndose *Pro* como abreviatura de *Presbítero*, bien podría derivarse de este último nombre, á la manera que existen los apellidos



de Cardenal, Fraile, Sacristán y otros á este tenor. ¿Tenía razón alguno de ellos? ¿No la tenía ninguno? El tiempo, descubridor de grandes cosas, se encargará de averiguar la verdad, mayormente cuando un íntimo amigo mío, el mayor que tengo, y al que, por lo mismo, no sería violento calificarlo de un *alter ego*, se ha comprometido á no dejar piedra por mover (y cuidado que el mozo es testarudo como él solol, aunque no ha nacido en el suelo de la Pilarica), hasta tanto que ponga el asunto en claro, ó puede poco. Dejémosle entregado á sus lucubraciones heráldicas, mientras seguimos nosotros dando unos brochazos más al esbozo biográfico-paremiológico que nos ocupa.

Díjose arriba que más de cuatro falsedades corren por esos mundos de Dios á cuenta de nuestro biografiado, y así es la verdad, como vamos á demostrarlo.

En su buen talento, jamás usó la locución *No sin falta de misterio*, sancionada por muchos y buenos escritores castellanos, aunque impropia y falsamente. Porque es lo que decía, y tenía en ello muchísima razón: *No sin falta* vale tanto como *con falta*; ahora bien, si ha habido *falta de misterio* en aquello de que se trata, no hay para qué encarecer el haber mediado reserva, ó segunda intención, en lo que se pretende presentar como embocado ó estratégico.

Asimismo se reía de los que, para aseverar con más ahinco y eficacia su dicho, incurren en la inconveniencia de expresar su concepto por medio de la fórmula: *Con estos ojos, ó manos, que han de comer la tierra*, en lugar de que *HA*, siendo así que la tierra es la comedora y no la que ha de ser comida.

De igual manera censuraba á aquellos que, llamados por su cargo á definir debidamente en todo su valor y legítima significación los *refranes*, lo hacían torpemente, como ocurre, verbigracia, con quien dice: «*Beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro*, refrán que advierte que cuando la justicia anda derecha, nadie se tuerce;» debiéndose decir todo lo contrario, á saber: «*Que cuando la justicia anda torcida, nadie anda derecho*,» pues sabido es que lo que roba en precio, peso y calidad la mayoría de los taberneros, tahoneros, carboneros y demás entidades comerciales acabadas en *ero*, ó en otras letrás, lo hacen merced á tener las espaldas bien guardadas por aquellos que beben, comen y encienden de balde la lumbre en su casa, y *aíndamás*; total: que *Si no hubieran encubridores, no habría ladrones*. Esta es la pura verdad, y lo demás es *música celestial*.

Recuerdo haber escrito á este propósito, años ha (1882), una fabulilla, que por lo mismo hallará aquí lugar adecuado, y la cual dice así:

Quando Gil va á la plaza por un pan,  
falto de peso es como se lo dan;  
y al ir Menga por diez varas de tela,  
vara y tercia le sisan con cautela.  
Gil y Menga demandan de contado  
justicia, por un hurto que es probado;  
pero... ¿quién se la hará, si el panadero  
es regidor, y alcalde aquel tendero?

Quando el lobo es guardián de las ovejas,  
en sus garras se quedan las pellejas.

Como hombre amante de la verdad histórica que era nuestro *Don Juan*, se sublevaba cada y cuando que veía falsear el origen de los *refranes*, á cuya defensa no tardaba en salir, nuevo *Don Quijote*, empujando la adarga y enristrando el lanzón, y montado, si no en Rocinante, en cólera (que todo es montar), de que pondré aquí algunos ejemplos, por reputarlos otros tantos hechos característicos de nuestro héroe.

Es moneda corriente entre los historiadores eso de que el proverbio *Ruin con ruin, que así casan en*

*Dueñas*, con el cual se pretende dar á entender que «los mejores casamientos son comúnmente los que se contraen entre personas de igual clase,» ó bien, en términos más abstractos, que «en todo se debe guardar las debidas proporciones para obtenerse un resultado feliz,» alude á las velaciones celebradas en aquella villa de la provincia de Palencia el día 18 de marzo de 1506, en las personas de D. Fernando el

ruyn, que asy casan en Dueñas. El exemplo byen lo dize: non se puede egualar synon ruyn con su par.» Un hecho análogo al anterior ocurre con el refrán *Más es el ruido que las nueces*, cuyo origen refirió por los términos siguientes «Un soldado viejo, natural de Borja,» en *El Averiguador Universal*, tomo IV, pág. 38. Dice así textualmente:

«El capitán Hernando Tello Portocarrero salió de

Dourlens la noche del 11 de mayo de 1597, caminó siete leguas, y se situó al amanecer muy cerca de Amiens, plaza fuerte é importante, cuyos habitantes, por guardarla mejor, no quisieron que Enrique IV les diese soldados para su defensa. Al ser de día se presentaron varios aldeanos en la entrada de dicha ciudad con un carro de leña, y dos de ellos tropezaron, cayeron al suelo y desparramaron las nueces que llevaban en unos cestos. Mientras los franceses que guardaban la puerta, riéndose á carcajadas de su torpeza, cogían la fruta, los aldeanos, desabrochándose los gabanes, sacaron los pistoletes, y á los gritos de *¡Viva España!* se apoderaron de la entrada de la plaza; los centinelas de la muralla no pudieron levantar el puente por el carro que los españoles habían cruzado en él; á los tiros acudió Portocarrero con la caballería, y aunque los de Amiens se defendieron bravamente por las calles y desde las casas, la ciudad quedó por Felipe II. Los diez soldados disfrazados de aldeanos iban á las órdenes del sargento Francisco del Arco, natural de Borja, que murió de capitán. Desde la referida sorpresa se dice: «*Más es el ruido que las nueces*.»

Un suscriptor á dicha publicación tuvo sus dudas, dudas bien fundadas, al leer semejante relato, y así lo consignó semanas después en la propia Revista, á lo que no se tardó en contestarle en las columnas de la misma lo que sigue:

«La frase proverbial *Más es el ruido que las nueces*, es más antigua de lo que piensa el señor «Soldado viejo, natural de Borja,» la encuentro ya en ciertas coplas de un poeta de fines del siglo xv, Gonzalo de Avila, quien, contestando á uno que le reprendía su mala cara y peor entendimiento, decía:

«Vuestras famas d' entendido  
son rrafezes  
y sohezes,  
fablando con rreverencia;  
*Ca mayor es el ruido que  
las nueces,*  
veynte vezes  
de vuestro ssaber y ciencia.

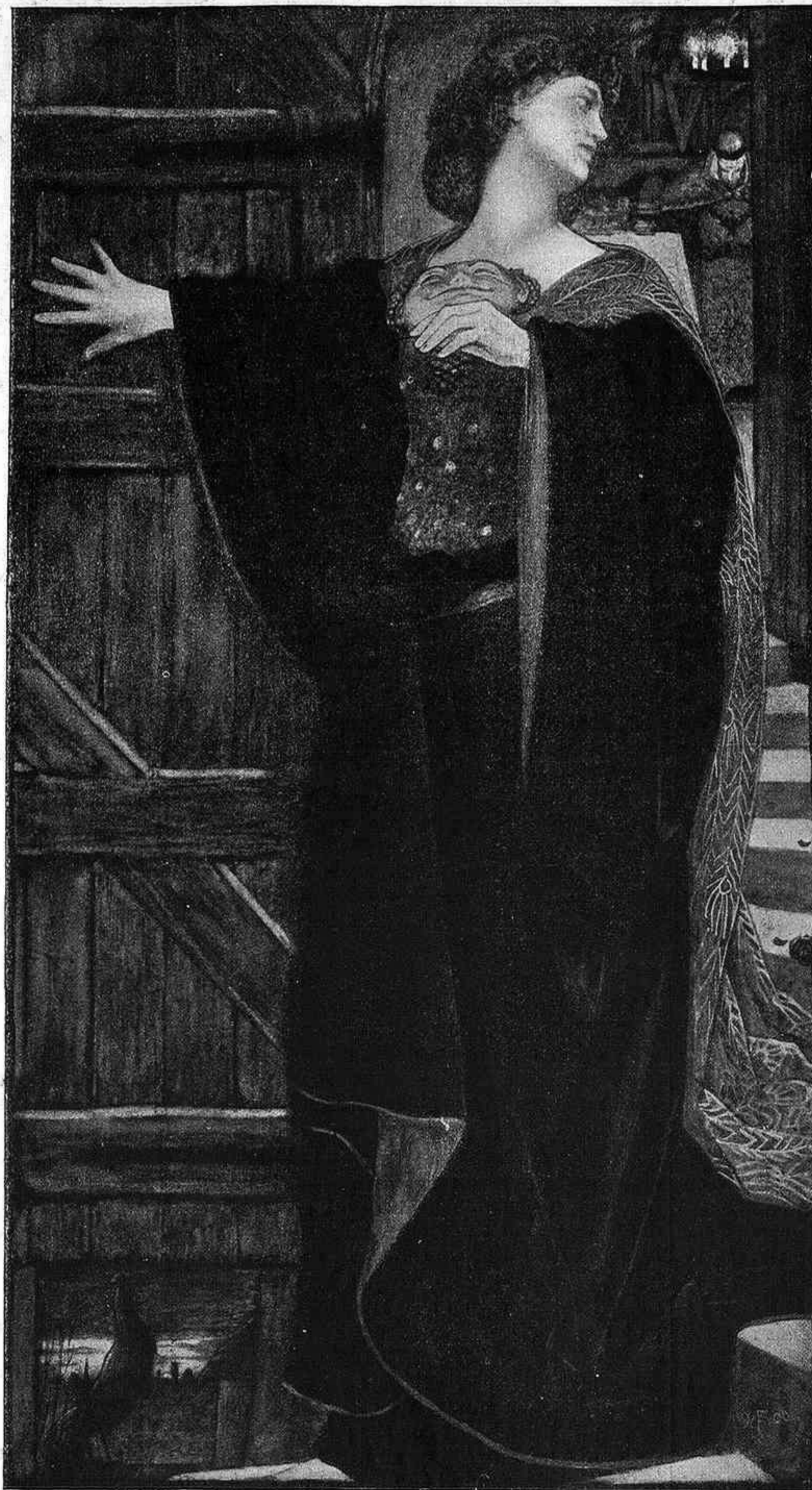
«Estas coplas, todavía inéditas se leen en el código *Fonds italien*, número 590, fol. 64, de la Biblioteca Nacional de París.

«También fué usada en la primera mitad del siglo xvi y por autores de fama. Ahí está el rufián

Centurio de la *segunda Celestina* predicando en cierto lance á sus compañeros, *que sea el ruido más que las nueces*, buena parola y mal fato, quiero decir, y la espada no sacalla, (*segunda comedia de Celestina*, por Feliciano de Silva, edición de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*. Madrid, 1874, página 447.)

«De modo que la dicha frase no trae su origen del hecho histórico referido por el señor *Soldado viejo*; es un modismo muy antiguo de la lengua castellana. — Y. Z.»

A lo allí dicho añadiremos ahora que, en efecto, figura dicha frase comparativo-proverbial en antiquísimas colecciones, tales como la de Fernando Arce de Benavente (1533), la de Ruiz Bustamante (1551), la de Hernán Núñez (1555), etc., no sin dejar consignado antes, con harto sentimiento, lo que en varios de nuestros escritos tenemos apuntado tiempo ha, y de cuya verdad nos hallamos cada día que pasa más convencidos, á saber: que la mitad de la Historia es una mentira, y de la mitad restante hay que rebajar una gran porción. Y la segunda parte de esta tesis que acabo de sentar, no se diga que



DESPUÉS DEL FESTÍN, cuadro de Leonor Fortescue-Brickdale (reproducido con autorización de Messrs. Dowdeswell)

Católico y su segunda mujer doña Germana de Foix, hija del rey de Francia. Dejando á un lado lo de *ruin*, circunstancia harto chocante tratándose de personas pertenecientes á estirpe regia, pero que en el terreno paremiológico puede disimularse, por ser frecuente el sentido irónico, existe en contra de semejante abolengo una razón que no podrá recusar el más exigente, á saber, una razón de índole anacrónica (con cuyo motivo *¡todo el mundo boca abajo!*), y es: Que en el año de 1498 (ó séase ocho antes de verificarse las susodichas velaciones) se imprimió en Sevilla (1) «El libro del Arcipreste de Talavera que tracta de vicios e virtudes e reprobacion del loco amor assi de los ombres como de las mugeres o segund algunos llamado *Coruacho*,» etc., y en el capítulo IV de la segunda parte se lee: «...¡Oh, oh, oh Señor, cómo priuas de conocimiento á aquellos que te plazel! Ojos ay que de lagaña se agradan; *ruyn con*

(1) Cito arriba como primera edición la de Sevilla de 1498, por ser la más generalmente conocida como tal; pues de ser cierta la indicación hecha por Panzer de existir una anterior, impresa igualmente en Sevilla, pero en 1495, entonces resultan á favor del refrán en cuestión tres años más de antigüedad.





ALDEANAS DE DACHAU, cuadro de Guillermo Leibl



se refiere únicamente á los tiempos antiguos; habla asimismo con los actuales, como lo demostrará el caso siguiente, del que podríase decir que está *vivito y coleando*.

Insértase en la *Revista Contemporánea* (Madrid, 15 de septiembre de 1900) un artículo intitulado «Algunas contestaciones para *El Averiguador Popular* de *El Liberal*,» suscrito por *El Curioso Barcelonés*, en el cual artículo, á vueltas de varias otras curiosidades, se halla la siguiente, que no carece de mérito, por cualquier aspecto que se la considere:

«13. — *Más feo que Picio.*»

»Creería de mal agüero para *El Averiguador Popular* dejar en blanco la contestación á esta pregunta que, como verá el «pío lector,» lleva el número 13.

»Mucho tiempo ha transcurrido sin que nadie se haya atrevido á contestarla, como así les sucede á tantas otras; pero ¡cualquiera sabe quién fué Picio!.. Ni el erudito Bastús nos los dice en sus documentadas obras, ni de él rezan los cuatro tomos de *El Averiguador Universal* (Madrid, 1879-80: 81-82).

»El Sr. Sbarbi cita la frase que encabeza estas líneas en la página 232 de su «Florilegio de refranes y modismos comparativos y ponderativos» (Madrid, 1873), y Montoto la menciona, de paso solamente, sin decirnos ninguno de ambos autores dónde nació y en qué época vivía ese modelo de los feos.

»Pero ya que se ignoran los atributos del sujeto que nos ocupa, y puesto que sólo su nombre y su proverbial «fealdad» nos son conocidos, glosemos aquí el modismo y citemos sus sinónimos, toda vez que el *Diccionario* de la Academia — siempre tan oportuno — en la voz «feo» no menciona ninguno, como si no los hubiera en nuestra rica y abundante lengua castellana.

»Cuando queremos ponderar la fealdad de una persona y no bastan las expresiones «más feo» y «feísimo,» decimos:

*más feo que Picio;*

- Carracuca;
- el sargento de Utrera;
- Lucifer;
- un demonio, ó que el demonio;
- un diablo, ó que el diablo;
- un coco;
- hecho de encargo;
- un voto á Dios!

»Y para los supersticiosos, ¿no será también *más feo que Picio* el número 13?..

»En cuanto á los niños, parece que nada les amedrenta tanto como el *coco*, puesto que cuando se pretende hacerles desistir de algo ó se desea que callen ú obedezcan, se les atemoriza diciéndoles: ¡*Ayl, que viene el coco, ¡mira el cocol, ¡allí está el cocol, ó ¿ves el cocol, ¿lo digo al cocol, ¿llamo al cocol?*»

»Curioso sería poder explicarnos — á no ser por el efecto fonético de la palabra, como yo creo — el por qué á los niños les asusta más el *coco* que *Picio*, *Carracuca*, *Lucifer* y el mismo *sargento de Utrera*, que de seguro serían más feos que el sabroso é inofensivo *coco*.»

Hasta aquí lo concerniente á nuestro propósito firmado por *El Curioso Barcelonés*, cuya mojadura de papeles en esta ocasión se evidenciará en el artículo siguiente, tercero y último de los destinados á trazar el bosquejo del *Excmo. Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

## EL CURA DE Á BORDO

(CUENTO)

Como aquel varón justo del padre Márquez, que había de contemplar impávido el desquiciamiento del mundo y había de levantarse sobre la ruina universal, sereno y confiado, para sacudirse la capa del polvo por el testimonio de la buena conciencia, el humilde padre Fonseca había sufrido sin protesta todos los horrores de la desgracia, devorando en secreto sus penas con todo el valor de un héroe y toda la resignación de un mártir. Curtido en el dolor su espíritu, acostumbrado á sufrir desolaciones y amarguras, no había ya infortunio que pudiera abatir su

fortaleza. Sobre las ruinas de su hogar, sobre las cenizas de los suyos, se había levantado él, severo y tranquilo, confiado en su conciencia, superior á sus desgracias, para predicar con su palabra bondadosa aquella religión de paz y de amor promulgada desde la cumbre del Calvario. Si había sobre la tierra verdaderos apóstoles de la iglesia, mártires y santos verdaderos, apóstol, mártir y santo era el padre Fon-

tremenda crisis producida por aquella serie de encañados infortunios, surgió la firme decisión de consagrar los últimos años de su vida á la religión y al consuelo de los desvalidos.

Desde aquellos tiempos vivió el padre Fonseca para los pobres exclusivamente, para enjugar lágrimas de los tristes, para consolar amarguras de los miserables. Los miserables y los infelices fueron para él una nueva y dilatadísima familia, en la cual creía encontrar todo el cariño de aquella otra familia perdida, carne y sangre suyas, sepultada bajo un puñado de tierra del campo santo.

\* \*

En el buque era el padre Fonseca casi un ídolo. Desde el capitán al último marinero le adoraban todos, queriéndole como á un padre, venerándole como á un santo. En tal afecto entraba por mucho la gratitud, porque todos debían algo al honrado capellán, favores importantes los unos, cariño los otros, lo que menos consejos provechosos. Para el capitán era el amigo de confianza, el camarada de las horas de velada sobre el puente y un auxiliar poderoso para mantener el espíritu de disciplina á bordo; para todos, en general, era el amigo bondadoso, siempre dispuesto á prestar un servicio, á ocultar una falta ligera, á pedir indulgencia para las más graves.

No solamente á lo sagrado del ministerio que ejercía sobre el flotante pedazo de mundo debíanse, pues, tales respetos y cariños, sino á su bondad natural, á su complacencia para todos, á su espíritu de abnegación inverosímil. Era hombre dispuesto para todo. En días de borrasca y de peligro era uno más para la defensa, y como el último de los marineros trepaba á las vergas, arremangándose su sotana, para auxiliar á los otros. En toda ocasión en que su ayuda pudiera ser eficaz para alguien, no vacilaba en prestarla; ni el trabajo más tosco ni la ocupación más humillante le arredraban; antes parecían complacerle más que los otros. Diríase al verle que ponía empeño en buscar ocasiones para la humillación, para herir sus sentimientos delicados, para castigar sus impulsos de hombre de refinados gustos, como si fuese aquello disciplina impuesta para educar en la humildad su espíritu y penitencia para purificar el alma de vergonzosos delitos. ¿Qué pecados, qué crímenes abrumaban la conciencia del santo para que tan duramente y con tal constancia se impusiera tan grande rigor en la disciplina y en la penitencia?

Si había de creerse á Iborra, el capitán del buque, ninguno. Conocíale él de antiguo, desde la época en que fueron camaradas en la escuela; fué su compañero también en la mocedad y amigo siempre íntimo, aun después de casados ambos; y á Iborra le constaba perfectamente que en el alma de Fonseca no tuvieron nunca cabida malas pasiones, que no mancharon su conciencia odios ni envidias, ni dejó huella en su cuerpo vicio alguno. Fué siempre el mismo modelo de honradez y de lealtad; siempre el hombre de bien, generoso y abnegado, esclavo de los suyos y servidor de todos. Y siendo así, claro era que no podía comprenderse aquel espíritu de sacrificio del buen cura, madero de mártir, que le arrastraba á las mayores humillaciones, aunque todos creían ver en las lejanas penumbras de aquella vida y en las sombras de aquella conciencia algo muy doloroso que lo explicaba todo.

Lo había, en efecto. Como en secreto de confesión, imponiéndome bajo juramento toda clase de reservas, contómelo un día el capitán Iborra, á bordo del mismo buque, en una clara noche de luna que inundaba el mar con torrentes de argentinas claridades. Era un drama vulgar, secuela de aquella catástrofe que arruinó la casa y la hacienda de Fonseca casi en el espacio de un día. La desgracia que hirió al bravo luchador quitándole sus bienes, llevándole de la comodidad á la miseria, le hirió después, implacable, en el alma, arrebatándole á la hembra que fué compañera de su vida y madre de sus hijos.

No se la quitó Dios, que si Dios hubiera sido resignadamente sufriera Fonseca su desgracia. Se la llevó un mal alma, favorecido por la debilidad de la hembra, mal avenida con la amarga lucha de la conquista del pan, de la miseria encubierta y de la soberbia amordazada. Fué el ladrón un amigo, y así



ESTATUA DE BISMARCK, boceto modelado por Hugo Lederer para el monumento que se ha de erigir en Hamburgo

seca, digno de ser venerado en el altar de la iglesia de su aldea.

No gustaba el santo capellán de confiar á nadie sus dolores, para no amargar las alegrías ajenas con el relato de las propias tristezas. Pero se adivinaban sus infortunios á través de la dulce severidad de su semblante. Debía de haber sufrido mucho, porque el sufrimiento es gran levadura para la bondad y el padre Fonseca era la bondad hecha carne. El alma del capellán, toda candidez, toda nobleza, toda dulzura, se asomaba á sus ojos sin reserva y se desbordaba en oleadas de luz por su seráfico rostro, y en aquella purísima lumbre, esencia de su espíritu, centelleaba su bondad con reflejos de tristezas muy hondas.

Pocos, muy pocos, acaso solamente el capitán del barco, viejo paisano del capellán, y algún otro amigo, conocían la historia del viejo sacerdote. Allá en sus mocedades había sido hombre de buena posición y había tenido en la vida no poco valimiento. Vivía entonces en una muy celebrada capital andaluza, con su mujer y sus hijos, porque el padre Fonseca había sido casado y había tenido hijos como cualquier honrado ciudadano. La desgracia arruinó su hacienda y el fisco se apoderó de los escasos bienes que pudieron salvarse de la catástrofe. Otras más graves desdichas, que hirieron más dolorosamente su espíritu, vinieron luego á completar la obra.

Con noble entereza, sin desmayar un momento, luchó tenazmente para ganar el pan de los suyos; pero aquellos por quienes tan bravamente combatía perecieron en la demanda, asestando golpe tras golpe sobre el alma del cuitado, y el pobre Fonseca quedó solo en el mundo, sin parientes, sin deudos, á solas sobre la tierra con su inmenso dolor. De la



fué herido Fonseca de un golpe en dos de los más poderosos sentimientos de su alma: el amor y la amistad. Para que nada quedara sano en aquel pobre espíritu, la muerte vino á herirle después más duramente, arrancándole á los dos hijos.

Bajo el peso de la inmensa desgracia quedó Fonseca anonadado, sin voluntad ni fuerzas para protestar siquiera contra el destino. Toda su fortaleza se hundió en momentánea ruina, aplastando el cerebro y el alma. En los días primeros parecía que la piadosa muerte iba á poner término á su drama, redimiéndole á él para siempre. Pero no fué tan grande la divina clemencia, y el pobre hombre continuó vi- viendo, para sufrir toda la inmensidad de su dolor y su vergüenza, sin más consuelo que el de la espe-

de perdonar á todos, á todos, incluso al villano que le robó la honra. Ahora...

En esto asomó en el camarote la figura venerable de Fonseca, grave, austera, con el rostro iluminado por la pura claridad de su bondad sin límites. El buen cura terminó la frase:

- Ahora... tengo la seguridad de que le encontraré en el mundo y le perdonaré. Dios es inagotable en su bondad...

\*\*\*

Llegaron á encontrarse... Frente á frente los puso el destino un día, en circunstancias terribles para ambos, como si quisiera poner á prueba el sublime valor del sacerdote. Iborra me lo contaba muy ape-

le parecía mentira á Iborra que en día tal hubiera podido ocurrir catástrofe tan dolorosa. Ello fué así, y horas bastaron para consumarla, casi el tiempo necesario para que la tripulación y el pasaje pudieran salvarse, después de la heroica lucha. Descuartado el barco, hendido fieramente, arrastrado como un juguete por olas gigantescas, íbase rápidamente á pique. ¡Terrible cuadro de angustia! Centenares de personas aullaban desesperadas, locas de espanto, ante el horror de la muerte, que las acorralaba en plena vida para devorarlas en montón, sin defensa posible; corrían unos desolados, buscando imposible salvación entre los breves confines de las bordas; rezaban los otros con desesperado fervor; lloraban y gritaban todos... En momentos tan supre-



La danza, fuente modelada por Walter Schott

ranza de vengar su afrenta, de saciar las infinitas ansias de castigo que los celos y la humillación encendieron en su sangre.

Buscó á los villanos sin descanso, consagrándose por entero á procurar satisfacción á sus feroces anhelos. Esclavo de su venganza, para ella vivía y con ella soñaba, sin poder nunca arrancarse el dogal de las ansias que le ahogaban... Pero ni aun en esto pudieron sus aspiraciones realizarse, porque en sus incesantes correrías por el mundo jamás pudo encontrar juntos á los matadores de su honra. Encontró solamente á la hembra, pasados ya algunos años, pero la encontró abandonada, enferma, miserable, agonizando en un hospital... Y él, alma grande, para las grandes desventuras y las grandes abnegaciones templada, la asistió piadosamente en los últimos momentos, con besos de perdón cerró sus ojos, y piadosamente la enterró en el mismo pedazo de tierra en que las cenizas de sus hijos descansaban.

Fué entonces - terminaba Iborra - cuando Fonseca se consagró á la Religión, para ahogar sus desventuras y sus odios en el océano de amor de la doctrina de Cristo. Consuelo de los afligidos fué su palabra desde aquel día, ayuda de los débiles su brazo, ejemplo para todos su virtud, escuela de los más buenos su bondad. Y viviendo para los pobres y los humildes, consolando á los tristes, alentando á los cobardes, consagrado al prójimo y olvidado de sí mismo, el bravo y noble capellán se considera feliz. Alguna vez mordió en su alma la víbora de la venganza, ahondando la vieja herida; pero él puso empeño en domarla, habituándose más y más al sacrificio y la humillación. Por eso extrema tanto su abnegación y su humildad, para educar su alma y tener la seguridad de que morirá tranquilo, después

sadumbrado, evocando con lágrimas en los ojos sucesos dolorosísimos para él. Desde aquella fecha estaba el pobre capitán desembarcado, tierra adentro, sufriendo la nostalgia del agua salada. Fué en un viaje del buque de Iborra, el último viaje, porque el pobre buque no volvió más á puerto; quedó allá abajo, sepultado bajo las alborotadas olas del Indico; sus tripulantes tornaron á tierra española, pero no en el mismo buque que los llevó camino de las tierras asiáticas.

Entre los pasajeros que embarcaron en uno de los puertos de la península, figuraba el ladrón aquel, autor de la desdicha del padre Fonseca. Esto no lo supo Iborra hasta después, ya en alta mar, porque ni él ni nadie se dió cuenta exacta de quién era aquel extravagante pasajero que, desde los primeros días de viaje, habíase encerrado en su camarote, aislándose de todos, como si tuviera miedo de la luz del sol. Paso á paso se acostumbraron los de á bordo á tal extravagancia, y nadie se ocupó más del viajero y casi llegaron á olvidarle. El único que pudo conocerle fué el capellán, que en el primer momento no pudo contener el justo arrebato de la sangre encendida en odio; pero fué un chispazo no más, y fácilmente quedó ahogado por su infinita piedad. Bien podía el misterioso pasajero salir á la luz del sol, tranquilo y confiado, seguro de que la víctima no tendría más que perdón para el verdugo. Seguro de sí mismo, victorioso el santo sobre el hombre, Fonseca no tuvo inconveniente en descubrir á Iborra el misterio.

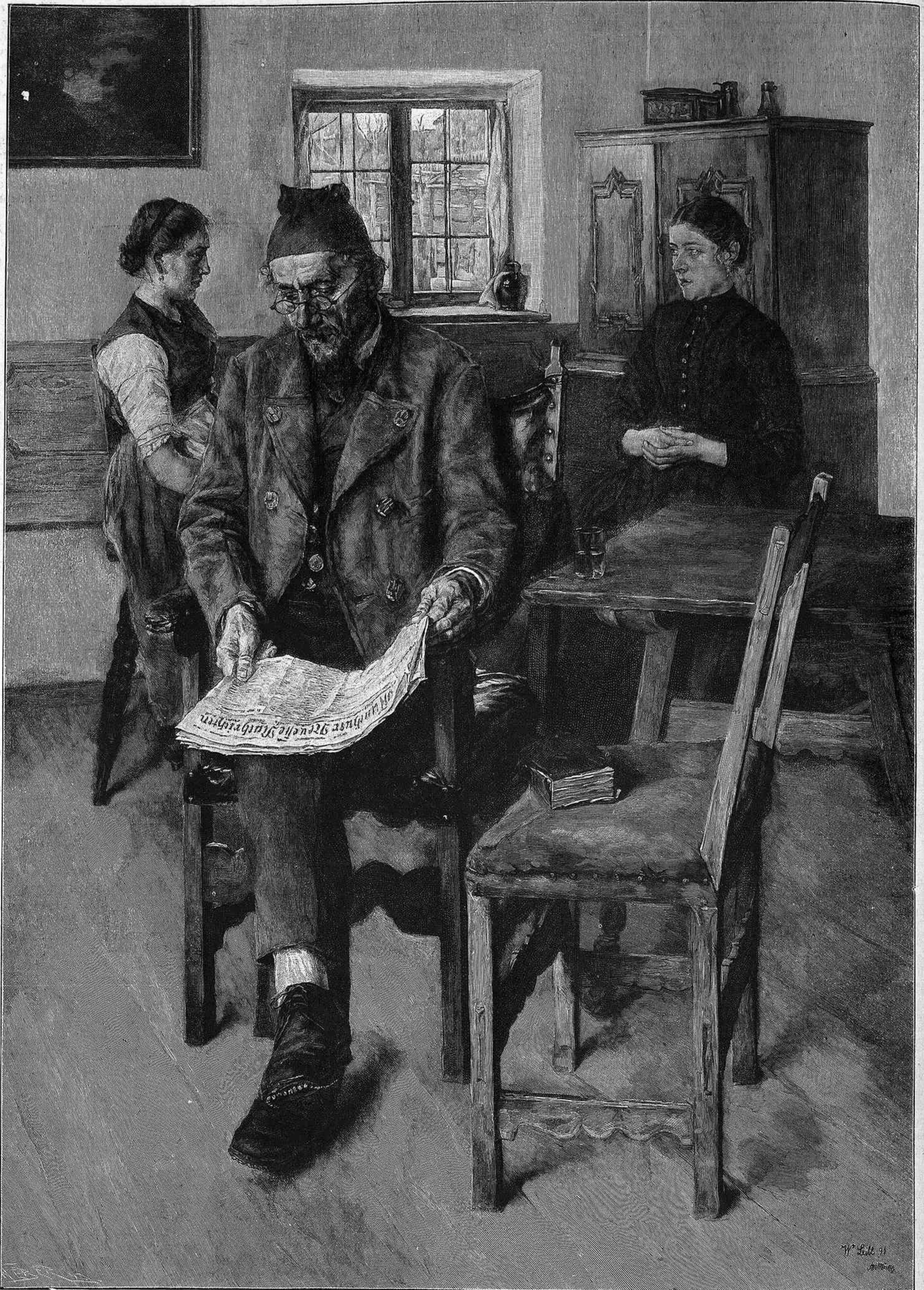
En esto navegaba ya el buque por mares de la India, y allí le sorprendió la borrasca que puso término á su historia de bravo y duro luchador, en un día claro y sereno como de primavera andaluza. Aún

mos, cuando todo parecía perdido, porque faltaban pocos momentos para que se consumara la catástrofe, acudió un buque en auxilio del náufrago, como evocado por los rezos; de aquellos infelices, más que atraído por las señales desesperadas del barco en agonía. Entonces se arrojaron al agua los botes y comenzaron los trabajos de salvamento.

Los niños primero, las mujeres, los ancianos; el resto del pasaje, luego; los tripulantes en último término. Rápidamente se fueron precipitando, en feroz avalancha, casi en montón, arrastrados por el ansia de vivir. A los pocos momentos sólo quedaban sobre la cubierta del buque tres hombres: el capitán, el cura y el pasajero misterioso. Iborra se resistía á embarcar con tenacidad invencible; quería ser el último en abandonar el buque; acaso pretendía no abandonarlo. Pero el cura, hombre de fuerza hercúlea, á pesar de sus años, suspendió á Iborra en el aire y quieras que no le precipitó en una de las lanchas. Entonces quedaron solos los dos viejos enemigos, frente á frente, rodeados por el abismo, en un terrible juicio de muerte.

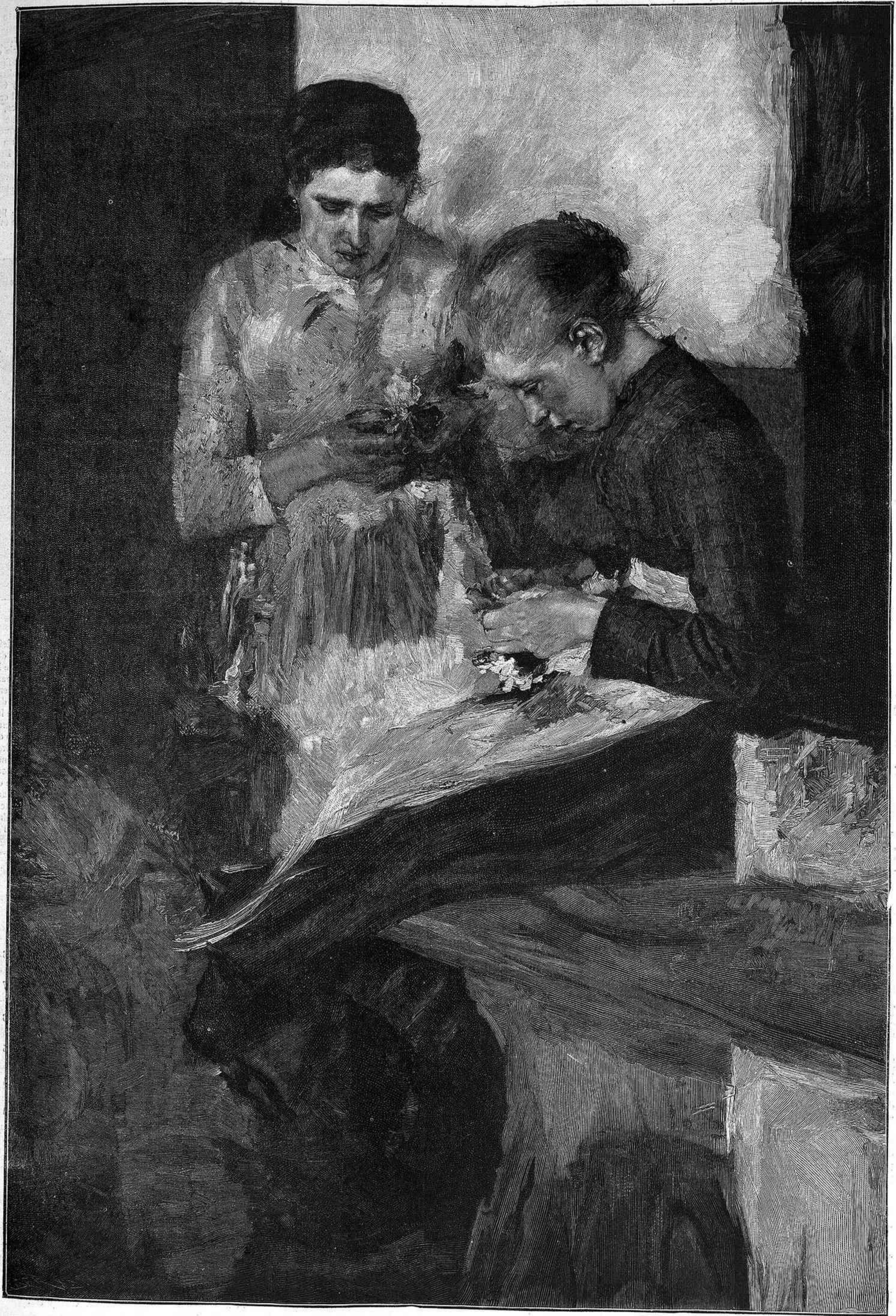
Desde las lanchas creyeron ver los otros en aquel momento una escena extraordinaria, que nadie comprendía. El pasajero se postró de rodillas ante el cura, inclinando la cabeza sobre el pecho, y cruzó las manos como pidiendo clemencia. El sacerdote, sereno, tranquilo, mirando al cielo, extendió la mano derecha sobre la cabeza del otro y le bendijo santamente. Luego se inclinó el cura y los dos hombres quedaron abrazados. Parecieron forcejear un momento, como si el pasajero se resistiera á seguir al sacerdote; pero más fornido éste, le arrastró, al cabo, hasta la borda, llevándole á la salvación... En aquel instante hendió los aires un crujido espanto-





LAS NOTICIAS DEL DIA, cuadro de Guillermo Leibl



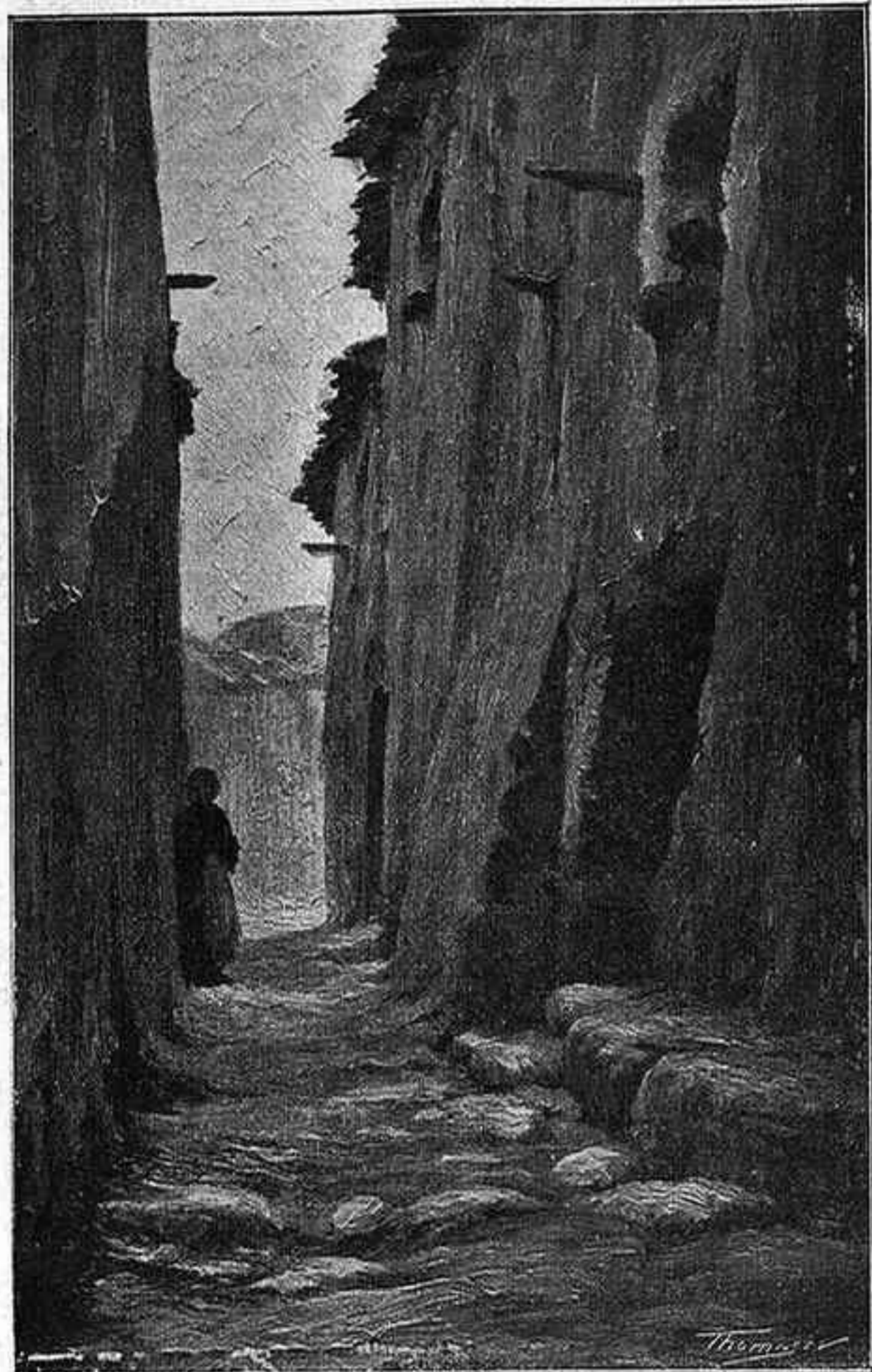


LABOR DIFÍCIL, cuadro de Guillermo Leibl



so, separáronse las olas, abriéndose el mar en espantoso abismo, y el buque, partido fieramente en dos pedazos, se hundió rápidamente... Sobre él se unieron las aguas y las olas continuaron rodando en la inmensidad, bramando en la terrible borrasca...  
...Y allí quedaron sepultadas - terminó Iborra llorando - la historia de una amarguísima tragedia y la memoria de un santo, que no será canonizado nunca, pero que merece ser adorado en los altares...

LEÓN ROCH.



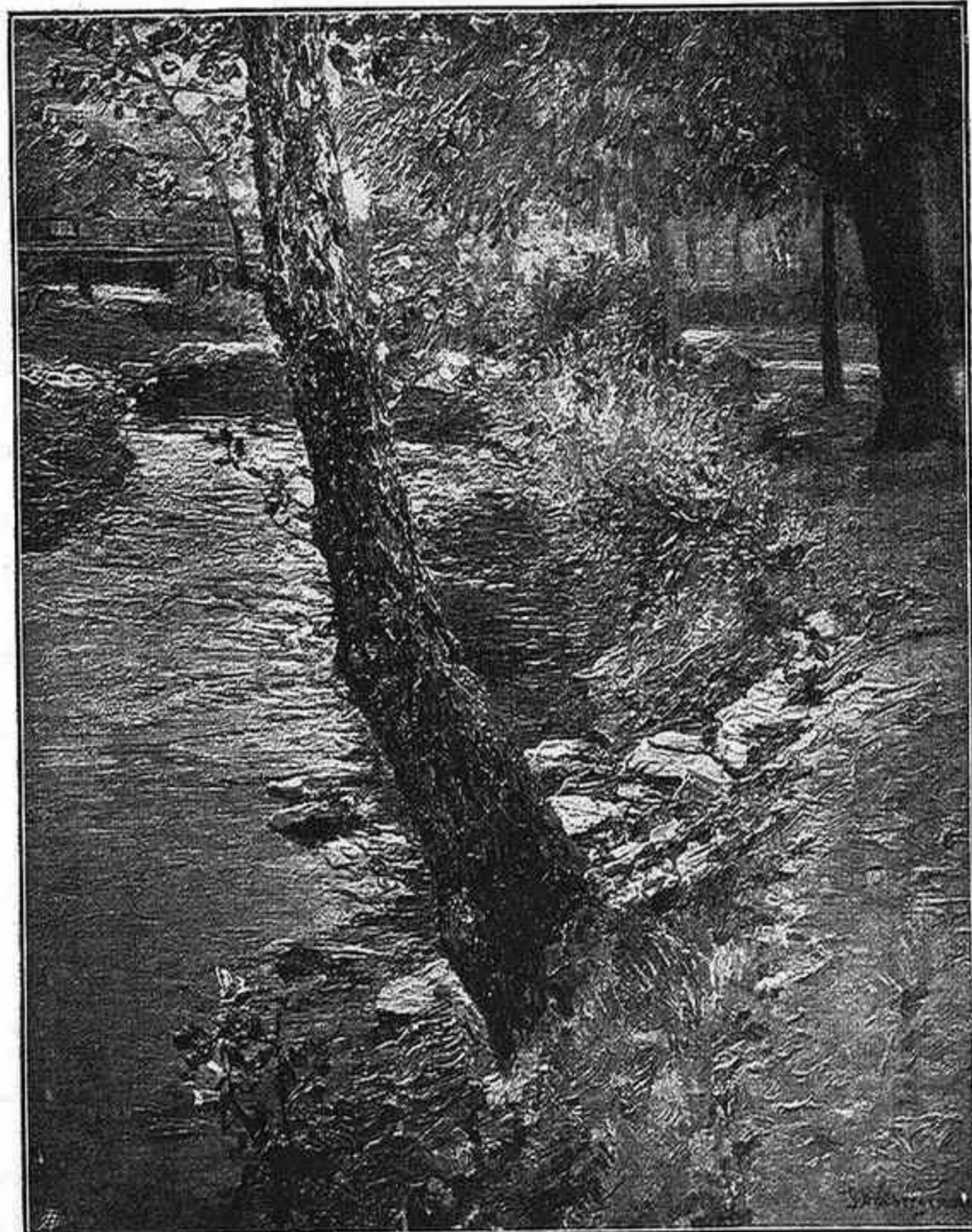
CALLE DE UN VILLORRIO, cuadro de Modesto Urgell

NUESTROS GRABADOS

**Playa.—Quietud.—Calle de un villorrio, cuadros de Modesto Urgell (Salón París).**—No en balde se asigna á Modesto Urgell el concepto de maestría. Su nombre, su personalidad constituyen una justificada y merecida gloria del arte pictórico de nuestra región. La nota melancólica y tristonía, impregnada de poesía y sentimiento, ha sido y es su característica, resultando el inteligente intérprete de un género especial, en el que sólo han surgido imitadores, ya que nadie le supera ni iguala. Poeta y artista, resultan de tal conjunción las hermosas producciones que siempre el público celebra, puesto que á su habilidad de procedimiento se aduna el concepto, se agrega el sentimiento que avalúan la producción.

Nosotros, que figuramos en las filas de sus devotos admiradores, nos complacemos en reproducir los tres bellísimos estudios, dando así un nuevo testimonio de la consideración que nos merece.

**El arroyo, cuadro de Gustavo Bamberger.**—Las excelencias de este cuadro saltan á la vista y demuestran por modo elocuente que su autor sabe sentir la naturaleza: la tierra cubierta de hierba, el arroyo deslizándose suavemente en su estrecho cauce, los árboles prestando al paisaje agradable sombra interrumpida en algunos sitios por la luz del sol que á través del espeso follaje se filtra, todo está impregnado de dulce poesía, todo invita al ánimo á recrearse en tanta belleza. Cuando un artista logra despertar en nosotros tan gratas sensaciones, bien puede decirse que ha llenado cumplidamente uno de los primeros fines del arte.



EL ARROYO, cuadro de Gustavo Bamberger

Después del festín, cuadro de Leonor Fortescue-Brickdale. — Un notable crítico inglés al hablar de las cualidades distintivas de esta artista dice que son la intuición pictórica, la habilidad en disponer los asuntos, la aptitud para cultivar todos los estilos, la comprensión del sentido práctico de las cosas, el sentimiento del color y la delectación en todo cuanto significa estudio de la naturaleza humana. Con tan excelentes dotes, no es extraño que se haya conquistado un puesto

envidiable entre los pintores ingleses contemporáneos y que sus obras sean unánimemente elogiadas, y á juzgar por la que en este número reproducimos, bien puede afirmarse que miss Fortescue-Brickdale es de los artistas que á su innegable talento junta una educación sólida.

**Aldeanas de Dachau.—Las noticias del día.—Labor difícil, cuadros de Guillermo Leibl.**—Nació este artista en Colonia en 1844, y en 1863 entró en la Academia de Munich, en donde estudió bajo la dirección de Piloty y Ramberg, y después de haber pintado un cuadro histórico, que le valió un premio académico, dedicóse á los retratos, género en el que produjo obras admirables. En la Exposición Universal de París de 1869 pudo admirar las pinturas de Courbet, y comprendiendo que las tendencias de las mismas armonizaban perfectamente con su modo de sentir el arte, emprendió nuevos rumbos en su carrera, tomando la orientación definitiva que había de proporcionarle tantos sinsabores y tanta gloria; sinsabores, á causa de las contrariedades con que los reformadores han de luchar para vencer la rutina; gloria, porque sus doctrinas acabaron por imponerse, habiendo hecho la posteridad completa justicia al genio de uno de los precursores del arte moderno en Alemania. Guillermo Leibl murió en 4 de diciembre de 1900. Los tres cuadros suyos que en el presente número reproducimos son la mejor demostración de las excepcionales aptitudes del genial pintor, á quien hoy se considera como uno de los más ilustres maestros de la buena escuela naturalista.

**Estatua de Bismarck, boceto modelado por Hugo Lederer.**—A raíz de la muerte del gran canciller alemán, la ciudad de Hamburgo abrió una suscripción popular para erigirle un monumento digno de su memoria, habiéndose recaudado en pocas semanas 400.000 marcos (500.000 pesetas). Abierto un concurso con este objeto, presentáronse en él 219 proyectos, entre los cuales obtuvo el primer premio de 10.000 marcos el de Hugo Lederer (escultor) y Emilio Schandt (arquitecto), del cual forma parte la estatua cuyo boceto reproducimos y que representa á Bismarck vestido de guerrero de la Edad media. Esta estatua ha de tener 15 metros de altura y será modelada en piedra, probablemente granito: su autor, joven oriundo de Austria residente en Berlín, ha llamado recientemente la atención en los círculos berlineses por la originalidad de sus composiciones.

**La danza, fuente modelada por Walter Schott.**—Discípulo y colaborador del ilustre Reinhold Begas, figura hoy Schott entre los primeros escultores berlineses. Sus diversas aptitudes le permiten cultivar los más variados géneros, desde el monumental al del *bisbet*, desde el retrato al decorativo, produciendo en todos ellos hermosas obras y dando á cada uno el carácter que le corresponde. Grandioso unas veces, sencillo otras, ora sobrio, ora dejándose llevar por la imaginación, sus esculturas son siempre correctas, elegantes, movidas, llenas de vida y de una armonía de líneas y de proporciones admirable. Todas estas cualidades se patentizan en la fuente *La danza*, cuyas tres figuras, hermosamente modeladas, son un portento de expresión y forman un grupo delicioso.

**Pensativa, cuadro de Roberto Schiff.**—En distintas ocasiones hemos hecho notar cuán difícil resulta para el pintor expresar un estado de alma, y esta dificultad sube de punto cuando se trata, no de una pasión, de un afecto poderoso, sino de un estado indefinido, como el que representa la figura de este cuadro. El notable artista alemán Schiff ha sabido vencerla perfectamente, y su joven pensativa refleja en la sijeza de su mirada, en todo su semblante, en su actitud, la preocupación que la domina, y este mérito del lienzo hállase avalorado por la perfección técnica que aun en los menores detalles de la pintura se observa.

**Plaza de Besalú, cuadro de José M. Tamburini.**—El cuadro de caballete que representa la plaza del pintoresco pueblo de Besalú, en día festivo y solemne, ondeando en el balcón preferente de la Casa Ayuntamiento la bandera gremial, es un recuerdo de excursión veraniega, y en esta obra, verdadero estudio, ha logrado Tamburini dar nuevas muestras de sus aptitudes para el cultivo de este género especial, en el que se distingue en igual forma que en los demás en que invierte su actividad é inteligencia. La fachada bizantina de la iglesia parroquial está asimismo perfectamente interpretada, resultando en conjunto una composición agradable y simpática.

**Tímpano del hospital clínico recientemente edificado en Barcelona, obra del distinguido escultor Rafael Atché.**—Digno complemento del monumental frontón del Hospital clínico de nuestra ciudad, casi terminado, es el hermoso relieve modelado por el genial escultor catalán Rafael Atché, cuya laboriosidad y merecimientos han podido apreciar nuestros habituales lectores las varias

veces que nos ha cabido la suerte de poder reproducir en estas páginas algunas de sus más notables obras. La á que nos referimos debía ajustarse á las condiciones é índole especial del edificio en donde había de figurar, y como tema obligado imponíase el de representar, en forma clara y precisa, los anales de

la medicina en Barcelona. Difícil era la empresa; mas justo es consignar que el Sr. Atché ha logrado dar cumplida interpretación al asunto, puesto que por medio de diversos personajes describe gallardamente el proceso histórico de la ciencia de curar, en nuestra ciudad. Descuella en el centro alegórica figura de Esculapio, rodeada de cuatro matronas, que simbolizan los colegios de medicina de Barcelona, Cervera, Lérida y Gerona. A su izquierda destácanse las figuras del médico del emperador Augusto, la del obispo Otón, del árabe Averroes, la del célebre Arnaldo Vilanova, Raimundo Lulio, D. Jaime el Conquistador, D. Juan II y su famoso oculista el judío Cresques, que representan la edad antigua y los tiempos medios. En el lado opuesto, destácase en primer término la figura de Bruuguera, á la que sigue la de Juchino, la del anatómico Montaña, y las de Virgili, Bruells, Castelló y Gimbernat, terminando con las de los doctores Mata y Letamendi, como representaciones de la edad moderna.

Por lo expuesto compréndese la importancia de la obra, por cuyo motivo no titubeamos en aplaudir al artista que tan evidentes muestras ofrece de sus aptitudes.



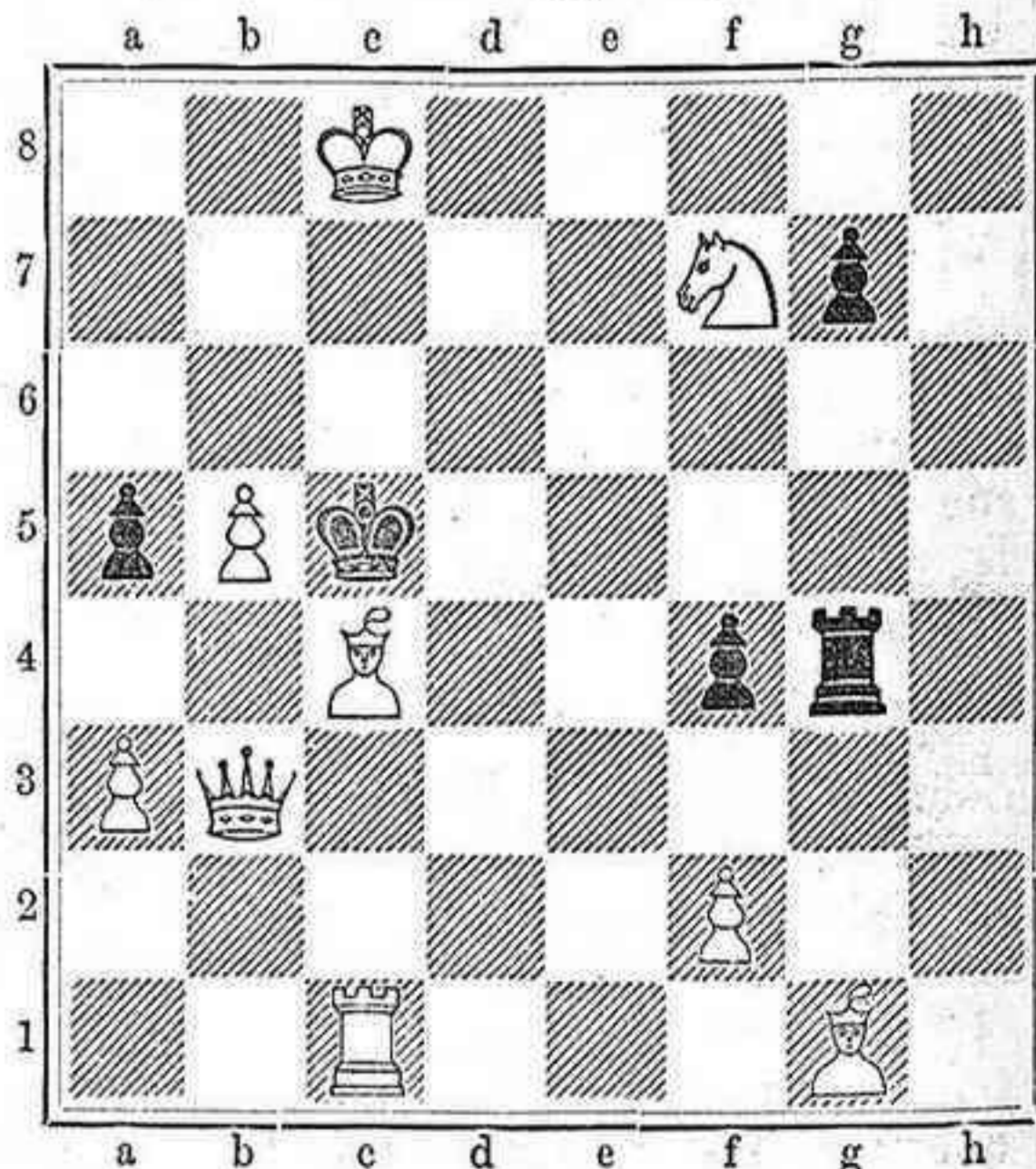
PENSATIVA, cuadro de Roberto Schiff

**Bellas Artes.**—El Parlamento italiano ha aprobado definitivamente el convenio entre el Estado y los herederos del príncipe Borghese, por virtud del cual el primero adquiere la famosa galería de este nombre, por la suma de 3.600.000 liras, pagaderas en diez años. La adquisición no puede ser más ventajosa, ya que aquella galería, una de las más importantes del mundo, se considera de un valor quintuplo del precio que ha costado. Para que se comprenda que esto no es una exageración, bastará decir que hace poco se ofrecieron 5.000.000 de liras por uno solo de los numerosísimos y magníficos cuadros que contiene, *El amor celeste y el amor terreno*, de Tiziano. Además de la galería, adquirió el Estado, por otros 3.000.000, el magnífico parque Borghese, al que se dará el nombre de Villa Umberto I y en el cual se erigirán un grandioso monumento dedicado á la memoria de este monarca y un palacio para las colecciones artísticas nacionales que hoy se guardan en el palacio Corsini, en las Arenas de Diocleciano y en el Palacio de Exposiciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 267, POR N. MAXIMOW.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 266, POR W. GRIMSHAW

- |                |                |
|----------------|----------------|
| Blancas.       | Negras.        |
| 1. D e 8 — b 5 | 1. P toma C    |
| 2. A g 1 — h 2 | 2. Cualquiera. |
| 3. D ó C mate. |                |

VARIANTES

- 1..... A juega; 2. C toma P d 6 jaque, etc.  
1..... g 6 — g 5; 2. A g 1 — c 4 ó D b 5 — b 2, etc.  
1..... R f 5 — c 4; 2. D b 5 — d 3 mate.



EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Solamente sonó un choque de hierro contra hierro: el tiro había fallado. Al disparar por segunda vez, Tinsay cogió á Pablo por la muñeca, y la bala, desviada, solamente le rozó.

Sin proferir una palabra, arrancó el arma al joven y entró en la casa antes que la detonación hubiese atraído gente á la solitaria calle.

Hubiese querido ocultar á su amiga lo que acababa de suceder; pero el revólver que tenía en la mano cuando ella salió á su encuentro, la ligera herida que goteaba sangre y su rostro demudado no le permitieron disfrazar la verdad, ni tuvo tampoco la presencia de espíritu necesaria para inventar una mentira. A través de las reticencias de su amante, Marta advinó lo ocurrido.

Lo que sufrió ella entonces no puede explicarse, tanto más cuanto que guardó silencio absoluto. En vano su amigo le suplicó que hablara, que aliviara su corazón de un peso tan grande, afirmándole que no daba importancia alguna á aquel arrebato de un niño. La madre se calló, dándole gracias solamente con la mirada por los consuelos que la prodigaba.

Desde aquel día hasta el momento de su última conversación con Marsac, nadie supo aquel incidente; pero, como había dicho á Silvino, no dejó salir á Tinsay sino en su coche.

Cuando Héctor murió, algunos años más tarde, no se portó de modo menos heroico. Le fué arrebatado en pocos días por una fluxión de pecho casi sin haber sufrido, sin darse cuenta de que moría. Cuando hubo cesado de respirar, la baronesa se inclinó sobre él, le puso la mano en el corazón para ver si latía, y después se escaparon estas palabras de sus labios pálidos:

- A lo menos lo he conservado hasta el último momento, y no ha vivido para sentir el dolor de perderme. Desde que le conocí hasta ahora, en cuanto de mí ha dependido, no le he causado el más ligero disgusto.

Luego otro pensamiento cruel surgió en su espíritu.

- Pablo estará contento, pensó.

Aquel pensamiento la abatió como un viento de tempestad. Cerró la puerta de la habitación para estar sola con el muerto, cayó junto al lecho y exclamó:

- ¡Oh, hijo mío, perdona á tu madre! ¡Dios te ha vengado!

Cuando entraron los criados, horas después, estaba de pie junto á su amigo y nadie le vió derramar una lágrima.

La inmensidad de tal desgracia y la manera digna como había sido soportada, atrajeron á la casa de Marta algunos de sus antiguos amigos y conocidos. Algunas ancianas que por sus años ya no debían temer cierta especie de compromisos fueron á visitarla, y poco á poco vió volver á su casa muchos que la habían conocido dichosa en la de su madre ó en la de su marido.

Cuando vivía el Sr. de Tinsay, la baronesa no había querido recibir jamás á nadie, y su amante la respetaba demasiado para haberse atrevido á presentarle los amigos del club ó del teatro. La baronesa había vivido como viven las mujeres de Oriente.

Esto quizá puede explicar la ferocidad desplegada por sus amigos hacia aquella mujer que nada había querido conceder á la sociedad. Fuera menos rígida y no hubieran faltado voces para defenderla.

La baronesa soportó los ultrajes como había sufrido la muerte de su amante, con una calma aparente que le dió fama de insensible. Algunos, pocos, que sabían lo orgullosa que era, no se atrevieron á compadecerla, pero admiraron su valor é hicieron participar de su admiración á aquellos de sus amigos que eran capaces de comprenderla.

Entonces fué cuando Silvino Marsac fué presentado á la baronesa y al barón. Marsac, bien impresionado ya en favor de la dama, cuya historia romántica halagaba sus gustos de *dilettante* ilustrado,

no quedó menos encantado del trato de su marido, y la idea de unir de nuevo á aquellas dos personas separadas por una pasión violenta surgió en su mente. El mundo que corta y raja á medida de su gusto

dió la necesidad de no demostrar jamás sus impresiones por medio del rostro y lo logró. Pero aquellos combates habían fortalecido su alma y se convirtió en otro ser muy distinto de lo que había sido.

Pablo de Grandpré había escogido la carrera de las armas; mientras permaneció en las escuelas especiales continuó usando aquella rigidez que se había convertido en su segunda naturaleza. Siempre alcanzó buenas notas, fué apreciado por sus jefes, temido y respetado por sus soldados; pero jamás tuvo amigos íntimos; nadie sentía por él aquella benévola amistad tan natural entre jóvenes, sobre todo entre compañeros de armas.

Avanzó rápidamente en su carrera gracias á su trabajo incesante y también al nombre y á la alta posición de su padre. La aventura que le había dejado huérfano de madre quedaba ya olvidada por los antiguos, era desconocida para los jóvenes y, por lo menos, no tuvo influencia alguna nefasta sobre su vida.

Entre aquel marido ultrajado en otro tiempo y aquel hijo constantemente irritado contra ella iba á vivir la baronesa, pues Pablo, de guarnición en París, vivía bajo el techo paterno. En tanto que su mirada seguía la lenta calcinación de las brasas de la chimenea que se cubrían de blanca ceniza, más de una vez ese pensamiento causó á la baronesa un secreto temor. Y cosa extraña, á la idea de volver á aquella casa abandonada aumentaba ese temor, no al pensar en el esposo, sino al evocar la imagen del hijo.

III

Gilberta y su madre esperaban al barón en la gran sala de la Vernerie, cuyas ventanas daban al patio de honor.

En vez de llegar el barón al castillo para recibir á las dos señoras, había rogado á su esposa que llevara á Gilberta un día ó dos antes, y de esta manera esperaba dulcificar la penosa impresión que la baronesa no podría menos de sentir al entrar de nuevo en aquella morada extraña para ella desde hacía tantos años.

Movida de una idea, no menos delicada, la señora de Grandpré, infringiendo la ley que á sí misma se había impuesto, abandonó sus vestiduras de luto y se puso un traje apropiado á sus deberes de dueña de la casa.

Criados que no la conocían recibieron sus órdenes y hubiera podido creer que empezaba otra vez su vida de esposa á no ser porque las angustias que le causaba el encuentro con su marido acibaraban su alma.

Silvino Marsac, expresamente invitado por los dos esposos, observaba á la baronesa á hurtadillas con gran simpatía mezclada con cierta curiosidad. ¿Qué podía pensar, qué debía sentir aquella alma altiva en el momento de hallarse frente á frente con el esposo ultrajado?

Conociendo como conocía las ideas del barón, estaba seguro de que había acogido la resolución de su mujer con profunda alegría, y estaba así también seguro de que en el fondo de su conciencia deploraba ya haber dudado un solo momento en lo que concernía á Gilberta, como lo probaba el que desde la contestación de la baronesa había enviado ricos presentes á su hija, á la niña que hasta entonces no conociera su amor.

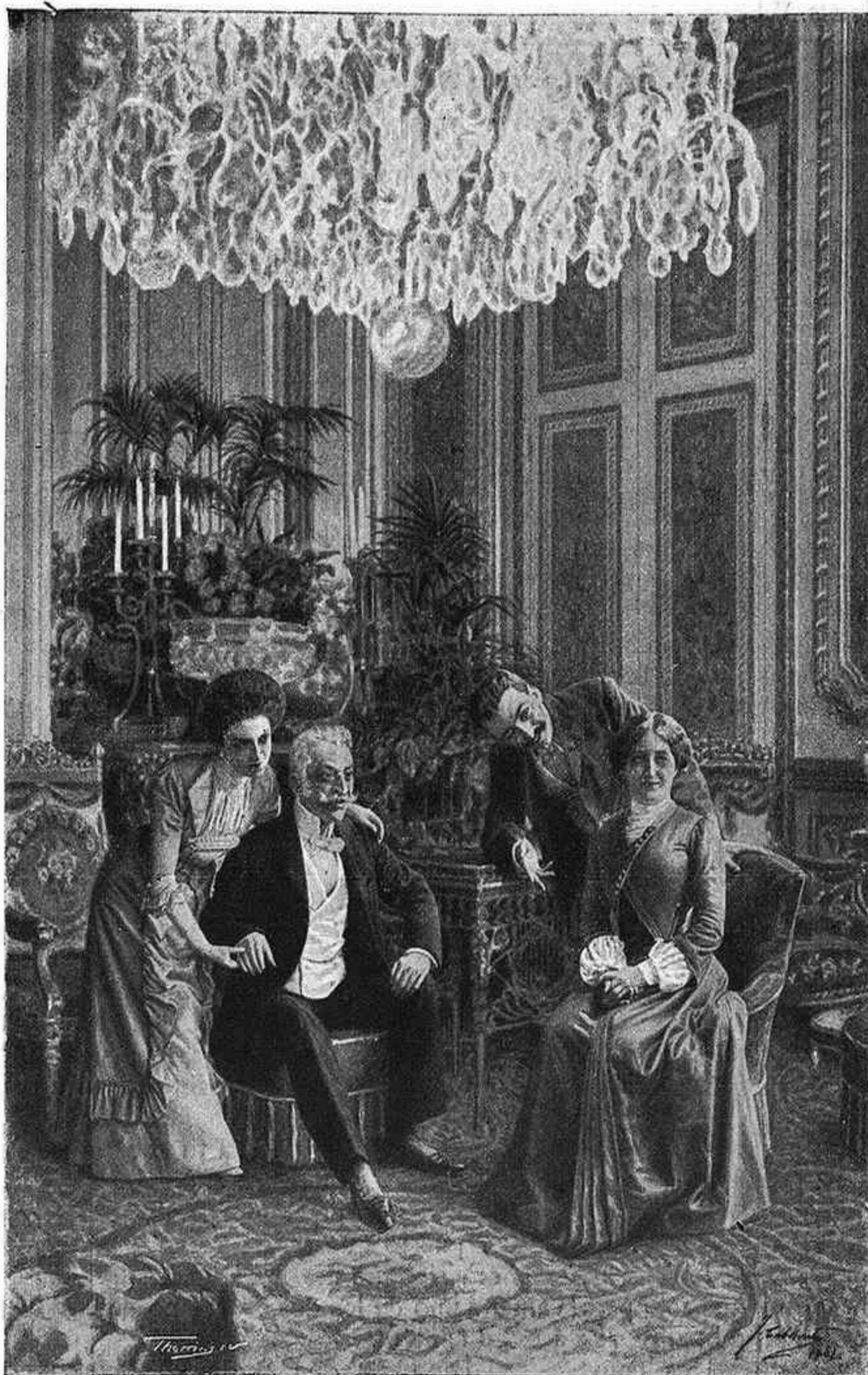
Gilberta no se admiró, sin embargo.

- ¡Toma!, dijo; mi padre se recuerda de mí; qué bueno es, créj que me había olvidado.

Y no hubo más. Poco dada á cavilaciones y á meditaciones de esas que revelan los misterios, jamás se había entretenido en preguntarse por qué su padre y su madre no la visitaban juntos.

- El barón está viajando, le decía en otro tiempo su madre cuando se la llevaba en verano á pasar las vacaciones.

En el convento, por otra parte, había tantas niñas á quienes sólo visitaba casi siempre su madre, que no valía la pena de ocuparse de ello. El día de su



- Barón, ¿verdad que hacemos un bonito grupo?

en los asuntos ajenos, había vituperado al barón por no haber tratado de vengar su honor, según costumbre.

La exasperación que había inducido á Pablo de Grandpré á cometer un asesinato, aquella cólera ciega que de momento le privó del juicio, obra eran de la sociedad. La tentativa, jamás revelada por Tinsay ni por la baronesa, llegó á conocimiento del marido, que la supo por boca de su propio hijo.

Lo que entonces el padre dijo á Pablo nadie lo sabe; pero la conducta de Pablo para con su padre cambió por completo. Hasta entonces había demostrado cierta resistencia á la ternura paternal; ¿era que su imaginación exaltada le decía que el barón había faltado á alguna ley misteriosa del honor? ¿Se creía llamado á castigar el ultraje que el jefe de familia parecía desdeñar?

Desde aquel día el joven dedicó un culto ferviente á su padre, cuyas palabras le habían revelado una generosidad tan profunda que le deslumbraba. Así como antes apenas se cuidaba de los libros, entonces se dedicó por completo al estudio. Austero en sus costumbres, severo en el cumplimiento de sus deberes, parecía duro á los que le rodeaban. Se hubiera dicho que su alma, hasta entonces un poco blanda, se había endurecido en la rigidez de un implacable deber.

Pero cuanto más amaba y admiraba á su padre, más aborrecía al hombre que había destruído la dicha de su hogar; más cólera también sentía contra su madre, cuyo nombre no pronunció jamás.

La desgraciada mujer había presentado la verdad; la muerte de Tinsay causó á Pablo una alegría atroz, irresistible, triunfante, que en vano trató de ocultar á su padre. La actitud del barón demostró entonces tanta reprobación silenciosa, que el joven compren-



salida definitiva del convento, aquel padre olvidado borraría sus culpas, como los otros, llevándola a diversiones y comprándole joyas y trajes.

Cuando vio que el barón le había enviado algunos regalos antes de su salida, imaginó que era un padre mejor que los demás, y así por lo menos quedó cumplido el deseo del barón de que su hija no supiera nada del drama que había hecho de ella casi una huérfana.

Gilberta estaba seria, sin embargo, en aquel momento en que su padre se le iba a aparecer como dueño en aquella morada señorial más imponente que cuantas había visto hasta entonces, incluso el castillo de su madre, donde pasaba las vacaciones. Y luego sobre el hermoso rostro de la baronesa, impasible en apariencia, se leía una emoción interior que no sabía de dónde venía, pero que la espantaba.

Se oyó ruido en el vestíbulo, las puertas se abrieron, los conserjes salieron del pabellón y aparecieron los lacayos en la escalinata.

— Aquí está mi padre, dijo Gilberta corriendo hacia la puerta.

La baronesa se había levantado, muy pálida. Marsac se precipitó para sostenerla, pues temía verla vacilar. Le tranquilizó con una sonrisa cariñosa y avanzó, sola, dos pasos. El barón, después de saltar de su cupé, subía la escalera. Un momento después resonaba su voz en la antecámara.

— Buenos días, monina, decía a su hija.

En el mismo momento entró dando el brazo a Gilberta. Se dirigió directamente a su mujer, y tendiéndole la mano, dijo:

— Me alegro mucho de verla.

Ella alargó también la mano sin atreverse a dirigir su mirada a los ojos del barón, y sintió un ligero beso sobre su mano helada. El barón la condujo hacia un sofá y le hizo sentar.

La baronesa no podía decir una palabra, pues a pesar de su orgullo se sentía domada y vencida por la habilidad caballeresca desplegada por su marido al reintegrarla al rango de esposa. Marsac sentía ganas de gritar «¡Bravo!» al ver que aquella escena, combinada de antemano, había obtenido resultado tan brillante. Pero forzoso le era confesarse, a pesar de su afecto por la baronesa, que el Sr. de Grandpré se mostraba superior a su mujer.

En cuanto al barón, perfectamente dueño de sí mismo, bromeaba con su hija e interpeleaba a la baronesa de modo que pudiera contestar con un gesto o con una sonrisa. Antes de haber advertido que su madre no pronunciaba una palabra, Gilberta estaba ya encantada de aquel padre, gran señor que tan amable se mostraba con ella. Pero Marsac empezaba ya a temer a causa de aquel silencio prolongado. La invencible y no razonada antipatía de la baronesa iba a destruir en un momento aquel plan tan sabiamente combinado para salvar no sólo las apariencias sino también el fondo de aquella situación embarazosa. Tuvo entonces una súbita inspiración.

— Barón, dijo entonces al Sr. de Grandpré, indicándole un gran espejo que había enfrente de ellos, ¿verdad que hacemos un bonito grupo?

Los tres actores de aquella diplomática comedia siguieron su gesto, y el padre vio junto a su cabeza la encantadora y dorada de su hija que se le parecía cuanto es posible que se parezcan los diez y ocho años de una niña a los cincuenta y cinco de un viejo diplomático. Efectivamente, no se necesitaba ser gran fisonomista para reconocer la semejanza que había entre padre e hija y que brillaba sobre todo en los ojos del mismo tono gris y en la forma oval del rostro.

— ¡Cuánto te pareces a mí!, dijo a su hija el barón súbitamente conmovido.

Se levantó, dió unos pasos y volviéndose hacia su mujer exclamó con voz reprimida:

— Estoy verdaderamente encantado de verme entre vosotras.

Añadió algunas palabras más y se dirigió hacia sus habitaciones. Al llegar a la puerta se volvió y dijo:

— ¿Quieres venir conmigo, Gilberta? He traído algo para ti.

La niña corrió hacia él, deslizándose sobre el suelo pulimentado como una libélula sobre el agua, y ambos desaparecieron.

— ¡Señora!, exclamó Marsac asustado viendo que la baronesa parecía sufrir un desvanecimiento.

Ella le tranquilizó con un gesto y se repuso en seguida. La quería dejar sola, pero ella le detuvo.

— No, dijo, quédese usted; la soledad me sería peor que todas las emociones; me creía más fuerte; pero cuando ha hablado de ese parecido, se me ha quitado de encima un gran peso... Desde que tuvimos aquella conversación, Marsac, esa duda me torturaba el alma. Ahora me siento libre de ella... No

hablemos más de esto. Se ha portado como un perfecto caballero, puede usted decirselo.

— ¿Y por qué no usted misma, señora?

— ¿Yo? No. Es imposible. No puedo hacer nada que se parezca a deseo de obtener un perdón...

— No pronuncie usted esa palabra, señora; nadie se acuerda de ella sino usted.

La baronesa miró fijamente a Marsac; comprendía cuán desigual era la partida empeñada entre ella y su marido, y en la cual el barón llevaba la mejor parte.

No consiguió engañarla la conducta de éste: las atenciones de toda suerte que la guardaba y que excedían de la habitual cortesía, tenían por objeto engañar a Gilberta y a la sociedad; pero justo era pensar que aunque hubiese dejado de odiarla, el marido despreciaría siempre a la esposa que le había deshonrado.

Marsac contestó a aquella mirada que tantas cosas expresaba, tendiendo lealmente la mano a la baronesa.

— Tendrá usted, no obstante, que decidirse a hablar al barón, repuso, como para sincerarse.

— Sí, convengo en ello; pero cuanto más tardemos, menos difícil será la empresa.

Apareció de nuevo Gilberta radiante de alegría y contemplando un aro de oro esmaltado de brillantes que ceñía su muñeca.

— Mire usted, mamá, lo que acaba de regalarme mi padre. ¿Es hermoso, verdad? No me había usted dicho que mi padre fuera tan galante: ¡es todo un caballero! ¡Qué distinguido es! Por mi parte ya le quiero como si le hubiera visto siempre.

Una impresión extraña, casi penosa, agitó los nervios de la baronesa, como un viento de tempestad. ¡Con qué rapidez había sabido hacerse dueño del corazón de su hija aquel padre que hasta entonces apenas la había conocido! ¿Acaso iba a querer más a ese padre que a ella, a la madre que siempre la había querido y mimado, desde la cuna donde lanzara sus primeros gemidos?

Aquello sólo duró un momento. La señora de Grandpré rechazó en seguida aquella idea indigna de ella, y miró durante largo rato a su hija, que tanto se parecía al barón y que era esbelta y elegante como su madre y en cuyas sonrosadas mejillas la juventud y la felicidad esparcían sus tonos claros y alegres... «Es como yo era a su edad», pensó.

— ¡Plegue a Dios que tu vida sea dichosa, hija mía! ¡Abrazame, y no quieras nunca más a tu padre que a mí!

— ¡Oh, mamá! ¿Puede usted creer eso? Amaré a los dos igualmente. Y puesto que quiere usted que se lo diga, hasta ahora siempre me había figurado que sólo podría amar a uno de los dos... y ese no era mi padre. ¿Está usted contenta?

Una conversación con el Sr. de Grandpré en la cual quedara la situación de ambos cónyuges definida, no podía por menos de celebrarse. Marsac, comprendiendo que cuanto antes era mejor, rogó a Gilberta que le enseñara el parque, y algunos momentos después el barón, viendo que se alejaban, se acercó a su esposa y le dijo:

— Gilberta está muy hermosa y parece muy bien educada. ¿Se encuentran usted aquí como en casa propia? ¿Le parece a usted si gusta a nuestra hija?

La baronesa se había levantado; apoyó ligeramente la mano en el borde de una mesa y reflexionó un momento.

— Caballero, dijo; doy a usted gracias por los esfuerzos que hace a fin de no ofender mi orgullo; pero ni de usted ni de mí depende que entre nosotros medien circunstancias dolorosas. Lo mejor es que hablemos una vez por todas sin ambigüedades, con objeto de que quede la situación bien deslindada. Gilberta parece que le inspira a usted cariño, y no puede usted pensar cuánta es la dicha que disfruto al advertirlo, pues sentiría en el alma que hubiera de padecer a causa de acontecimientos en que ninguna culpa tuvo. Espero que en lo sucesivo sabrá merecer su afección y que usted la querrá mucho. Por lo que a mí toca, puedo asegurarle que al venir aquí le he dado una prueba de amor tan grande como no me creía capaz de hacerlo. Esa prueba, gracias a la conducta de usted, no me es muy penosa. Doy a usted gracias por ello. Ahora hablemos de negocios. Nuestras fortunas son casi iguales, a lo que creo; debemos contribuir, pues, los dos por partes iguales a los gastos de la vida en común.

El barón hizo un gesto, y ella atajándole continuó diciéndole:

— De otro modo, no podría consentir... He conservado mi habitación a fin de que cuando Gilberta esté casada, pueda yo volver a ella para vivir entre los objetos que me son familiares y que en su mayor parte son recuerdos de mi madre o de mi familia.

Dos viejos criados que me han servido con fidelidad durante muchos años, quedan encargados de la custodia de esa habitación; de modo que si por una u otra causa la vida común se le hacía a usted penosa, podría volver a mi casa sin dificultad alguna.

El barón, de pie, escuchaba con la cabeza baja. Cuando su mujer hubo acabado de hablar, la miró y habló así:

— Veo que lo ha previsto usted todo; sin embargo, siendo yo el que había rogado a usted que viniera a habitar esta casa, pensé que sería más duradera nuestra vida en común.

— Marsac ha debido decir a usted, sin embargo..., interrumpió la baronesa.

— Efectivamente, me ha repetido lo que le había usted encargado que me dijera; era yo quien me figuraba..., pido a usted mil perdones. Es usted libre, enteramente libre.

Marta comprendió que había hablado con demasiada dureza. Su propio orgullo herido le impedía pensar en los ajenos padecimientos; pero no obstante, conocía las heridas que causaba.

— Cuando Gilberta se habrá casado, dijo con voz más cariñosa y en cuyo acento se adivinaba como el deseo de hacer perdonar su anterior dureza de frase, ¿qué motivo tendríamos para?..

— Sí, lo hay; en primer lugar, la sociedad en que viviremos juntos desde ahora, y luego el respeto de nuestra propia hija, que de esta manera ignorará las causas que hicieron que nos separásemos.

— ¿Cree usted que la sociedad le dejará ignorar la historia de su madre?, contestó la baronesa, marcando con acento de indefinible desdén y altivez la palabra *sociedad*.

— Creo que sí, sobre todo si vivimos, en apariencia cuando menos, en buenos términos. Hay también otro motivo: nuestro hijo.

La señora de Grandpré se sentó, sintiendo que las fuerzas la abandonaban al pensar en aquel hijo que se le aparecía como su juez.

— Durante los largos años que acaban de transcurrir, Pablo no ha venido a verme sino una sola vez, y poco puede importarle lo que hagamos, pues no siente por mí el menor cariño.

— Crea usted, repuso el barón, que me esforzaré en que cambien sus sentimientos.

El barón había hablado en voz baja, sin mirar a su mujer; ésta desvió los ojos, que se le llenaron de lágrimas; si su esposo le hubiese tendido los brazos, ella habría caído a sus pies pidiéndole perdón.

Fué uno de esos momentos pasajeros en que la fuerza de la emoción, barriéndolo todo a su paso, puede modificar completamente las condiciones de una existencia. Ni uno ni otro obedecieron su voz, y su vida, que durante un momento osciló sobre sus cabezas, continuó el curso que le habían trazado. Sin embargo, una impresión generosa quedó marcada en sus almas.

— Pablo llega mañana, continuó el Sr. de Grandpré con voz más segura; solamente podrá pasar veinticuatro horas aquí y no sé si en lo sucesivo le será dable volver; pero cuando estemos en París habitará con nosotros, y estoy seguro que la costumbre allanará muchas dificultades. Entretanto me toca ganar el cariño de mi hija, añadió con una sonrisa.

— Creo que ya lo ha conseguido usted, respondió la baronesa; con sólo presentarse... ¿Vamos a encontrarlos? Marsac no es joven, pero...

— Marsac es un hombre honrado, dijo el barón con voz reprimida. Vamos con ellos, puesto que así lo desea usted.

## VI

La tarde era espléndida. Brillaba el sol con deslumbrante luz; cantaban entre la verde fronda los pájaros y se oía a lo lejos el rumor de una cascada que formaba el arroyuelo que bañaba el parque. Los jardines dibujados por Le Nôtre eran preciosos y se hallaban rodeados de seculares bojés. Los dos caminaron por sus senderos, uno al lado del otro, ella esbelta todavía y airoso con sus cabellos casi canos que parecían empolvados, y él alto, elegante y delgado, a pesar de sus hombros ligeramente encorvados, más bien bajo el peso de los disgustos que de los años. Sostenía Marta con mano firme la sombrilla y a él le protegía del sol ancho sombrero de paja de Italia. A lo lejos veían a Gilberta y a Marsac sentados en un banco, ante una Diana cazadora escotada de pétreos lebreles.

Así en otro tiempo habían seguido los senderos de la vida: el barón enamorado de su esposa de un modo indecible, ella indiferente e ignorando las tempestades, los egoísmos y las locas generosidades de la pasión... ¡Quién sabe! Era más fácil que se comprendieran ahora que se hallaban separados por el



egoísmo en que ella había caído, que cuando todo parecía sonreírles y eran felices en apariencia.

El jardín tenía tan buen aspecto como sus dueños, y sobre ellos tenía la inmensa superioridad de la eterna juventud. Sobre el fondo verde oscuro del jardín se destacaba graciosamente la nota clara del traje de Gilberta, armonizando con la fulguración del astro-rey y los vivos colores de las flores.

La joven se reía de lo que le decía Marsac, ocurren y gracioso cuando le placía serlo y sobre todo

- Es muy bonita, amable y bien educada, contestó su amigo sin vacilación ninguna.

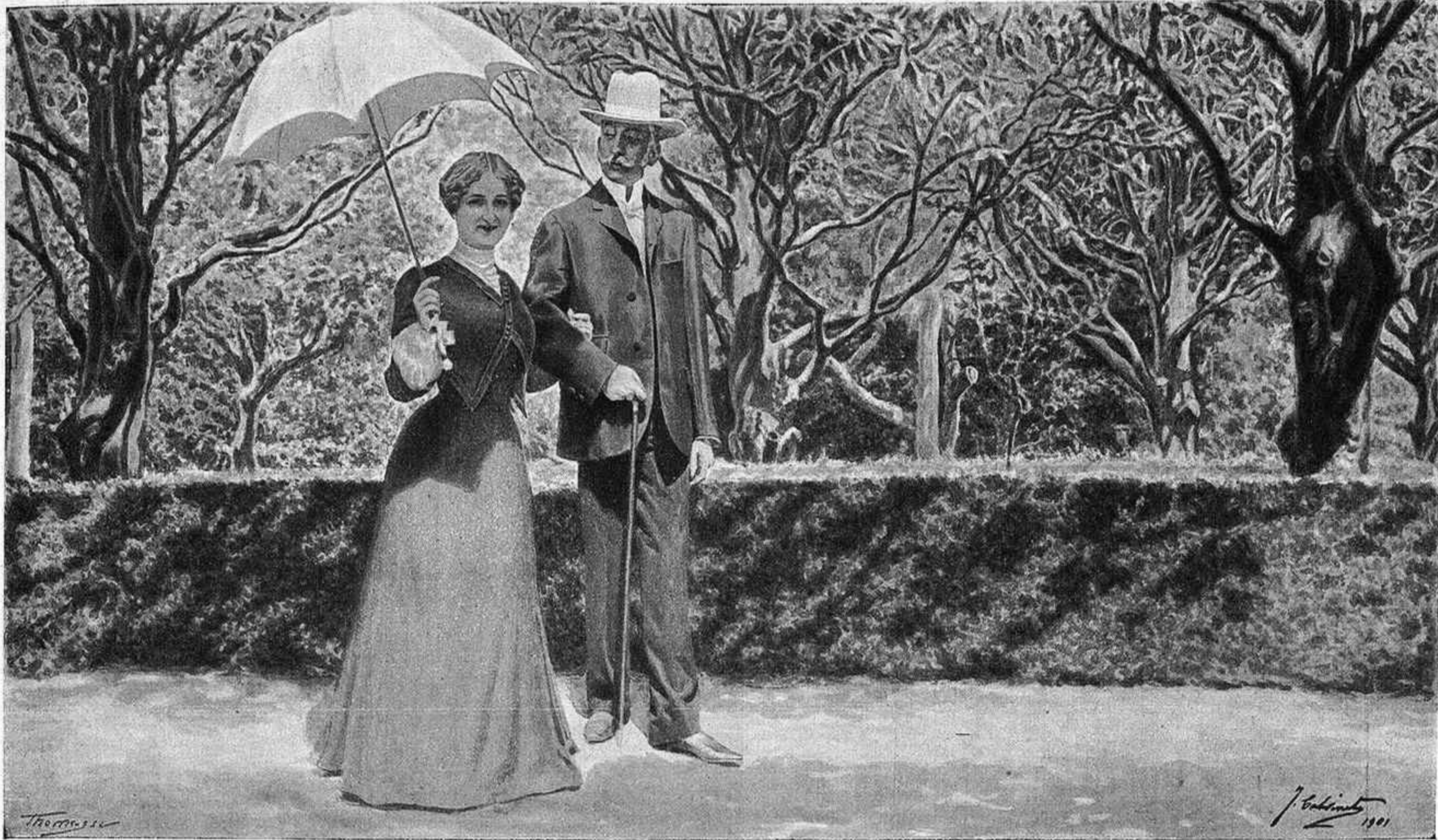
- Muy bien; pero ¿la cree usted inteligente y buena?

- Inteligente, lo creo, y confío en que es buena; pero permítame usted que le diga que es usted inexorable y que me hace sufrir un examen como si me presentase á oposiciones.

- ¿Confía usted en que es buena?, repitió el barón. También lo espero; pero no estamos seguros de

delgaducho, pálido y con aspecto descontento, descontento porque ya sentía la mordedura del odio!

Después, ¡con cuánta crueldad había esquivado todos los encuentros posibles, evitando hasta la calle donde su madre vivía para no pasar siquiera bajo sus ventanas! En tanto que vivió de Tinsay, Marta no había tratado de ver á su hijo; y después que murió aquél, tampoco procuró contemplarle, prohibiéndose á sí misma ir en busca de aquel consuelo, quizá por espíritu de sacrificio ó de expiación.



Sostenía Marta con mano firme la sombrilla y á él le protegía del sol ancho sombrero de paja de Italia

cuando quería provocar una carcajada de una boca bonita.

En la sociedad las madres escuchaban con una sonrisa esas carcajadas que provocaba Marsac, algo inquietas, sin embargo, por la seducción que ejercía aquel hombre á pesar de sus cuarenta años, porque no era un partido brillante ni mucho menos. Su fortuna consistía casi por entero en una renta vitalicia muy crecida que le había legado un tío suyo que le quería mucho, pero que no se había decidido, sin embargo, á desheredar á sus otros sobrinos, casados todos, en beneficio de aquel solterón empedernido.

Esto era lo que ponía en guardia á las madres cuando sus hijas reían con Marsac, el cual, amante de todo lo hermoso, se entretenía en excitar esos terrores, seguro de que ninguno tendría fundamento serio.

Le gustaban las jóvenes y se complacía con sus sonrisas, con sus caritas coquetuelas, cariñosas, sus finos entrecejos fruncidos de impaciencia y sus muecas de fastidio; gustaba de toda aquella comedia inocente que representan para sí mismas con los hombres con quienes no han de casarse, pensando en aquellos que han de ser sus esposos. Pero Silvino no quería de ninguna manera turbar un corazón ingenuo; en otro tiempo la pasión había batido sobre él sus alas y mordídole en la carne viva. El que tanto había sentido las heridas de la pasión, no podía de ningún modo querer hacerla sentir á los demás.

El barón lo sabía, y he aquí por qué llamaba á Marsac un bravo sujeto.

Gilberta reía y Silvino estudiaba su hermosa boca, sus ojos grises en que brillaba una alegría infantil, y buscaba, sin encontrarla, una semejanza con su padre ó su madre. Aquel rostro parecía de blanda cera; la vida marcaría más tarde allí su huella indiferente ó cruel. ¿Era aquella risa indicio de una alma sencilla, ó bien la charla de un pájaro? Imposible era saberlo todavía. Se pasearon aún por el parque durante una hora. El barón hacía charlar á su hija y á la señora de Grandpré escuchaba apenas sus palabras, tratando de enlazar lo pasado con lo presente y estremeciéndose cuando algún objeto ó algún sitio le recordaba con harta viveza antiguas emociones. Luego entraron para que les sirvieran la comida, que fué espléndida, y en la cual la abundancia de manjares suplió la carencia de conversación.

- ¿Qué le parece á usted mi hija?, preguntó el barón á Marsac luego que hubieron entrado en la salita de fumar.

ello, y esto generalmente se conoce á primera vista.

- No siempre, rectificó Marsac. La baronesa es muy buena, y á primera vista...

- No ha conocido usted á la baronesa cuando tenía la edad de Gilberta, interrumpió el Sr. de Grandpré. Era entonces, como dice el poeta, «un rayo, una luz.» Su hija no se le parece; antes bien me recuerda á su abuela materna, que era una buena persona, pero que no brillaba por su inteligencia ni por su belleza...

- ¿Eso dice usted de Gilberta?

- Sí, sí; yo me entiendo, y usted no puede comprenderme, Marsac. Mi hijo por el contrario, es la viva encarnación de su madre, con sus grandes cualidades y... sus defectos. No creo que Gilberta nos dé ningún disgusto; pero en cuanto á Pablo... Tengo miedo el pensar en el día de mañana; de ninguna manera quería venir aquí, y sólo ha venido por no desobedecerme; pero ha sido preciso una orden formal dictada por mí. Ha cumplido mi voluntad; pero ¿cuál será su conducta? El tiempo no ha cambiado en nada sus sentimientos..., ni los años, ni los ruegos, ni... mi ejemplo.

El barón lanzó un profundo suspiro y calló breve rato. Marsac dejó de sonreírse; sabía tan bien como su amigo cuán terrible sería aquella prueba para el hijo y para la madre, y que en aquella circunstancia no podría él aportar el consuelo de su amistad.

- Le he dicho, repuso el barón, cuanto podía decirle; saludará á su madre, pero dice que no responde de que le pueda hablar con cariño y que las circunstancias han de decirlo.

- ¿Le ha indicado usted cuánto convenía que su hermana no notara su frialdad?

- No, no he pensado en ello, dijo el barón levantándose; no sé dónde tenía la cabeza; no le he hablado sino de mí y de su desgraciada madre... Tiene usted razón, Marsac; es preciso decírselo, y para ello iré á esperarle á la estación, y estoy seguro que comprenderá que tal es su deber.

Al día siguiente, en efecto, un poco antes de mediodía el break se detuvo ante el peristilo, y Marta, oculta detrás de las cortinas de su habitación, vió saltar del carruaje un joven moreno, muy buen mozo, que tendió la mano á su padre para ayudarle á bajar.

El corazón de la madre sintió honda emoción al contemplar á su primogénito. ¡Cuántos años hacía, cuántos acontecimientos habían pasado desde que le viera vestido con el traje y el quepis de colegial,

Y ahora tenía allí ante sus ojos á aquel hijo adorado hacia el cual deseaba volar, hacia el que se escapaba su alma sedienta de ternura. ¡Y quizá moriría sin haberle besado siquiera!

Pablo penetró en el vestíbulo. Marta se levantó para ir á recibirle y se dirigió hacia la puerta; pero de repente cayó anonadada en una silla como si sus piernas se hubiesen negado á sostenerla, al pensar que ante su marido y su hija podía Pablo echarle en cara el odio que sentía por ella.

En vano se decía á sí misma que aquella idea era absurda, que su hijo no la odiaba con tal fuerza, que no daría un escándalo; pero su miedo era superior á la voz de la razón, y permanecía allí sentada, sufriendo como un animal asustado que no obedece á la voz ni á las caricias.

Un paso rápido sonó en el corredor y se detuvo ante su puerta... Llamaron...

Abrió. Su hijo estaba de pie ante ella, destacándose perfectamente su figura marcial y hermosa y su rostro severo sobre la claridad del corredor.

- Buenos días, madre mía, dijo inclinándose y sin mirarla, mi padre ruega á usted que baje; vamos á comer.

¡Su voz! Marta no había jamás oído la voz de su hijo desde que era hombre; el último grito que de él oyera diez y ocho años antes cuando abandonó su casa, era todavía un grito de niño.

- Hijo mío, dijo con voz temblorosa por la emoción que la embargaba, ¿no quieres darme un abrazo?

Pablo retrocedió un paso y su madre vió en sus ojos una dureza que sólo expresaba un desdén invencible.

- Mi padre ruega á usted que baje, repitió fríamente.

Sintió impulsos de abrazarse á él, de echarse á sus pies y de gritarle: «¡Desgraciado, soy tu madre!» Le hubiera devorado á besos y lágrimas, y después poco le importaba morir si no podía enternecerle...

Un lacayo aparecía en lo alto de la escalera anunciando que la comida estaba servida; sonaba la campana: la baronesa pasó delante de su hijo, que le hizo sitio respetuosamente, y la siguió. Las conveniencias le habían salvado.

Una sola mirada le bastó al barón para comprender que la entrevista no había sido cordial. La baronesa fué á sentarse en la cabecera de la mesa y presidió la comida como de costumbre.

(Continuará.)



## GUERRA ANGLO-BOER. - CONSTRUCCIÓN DE BLOCAOS

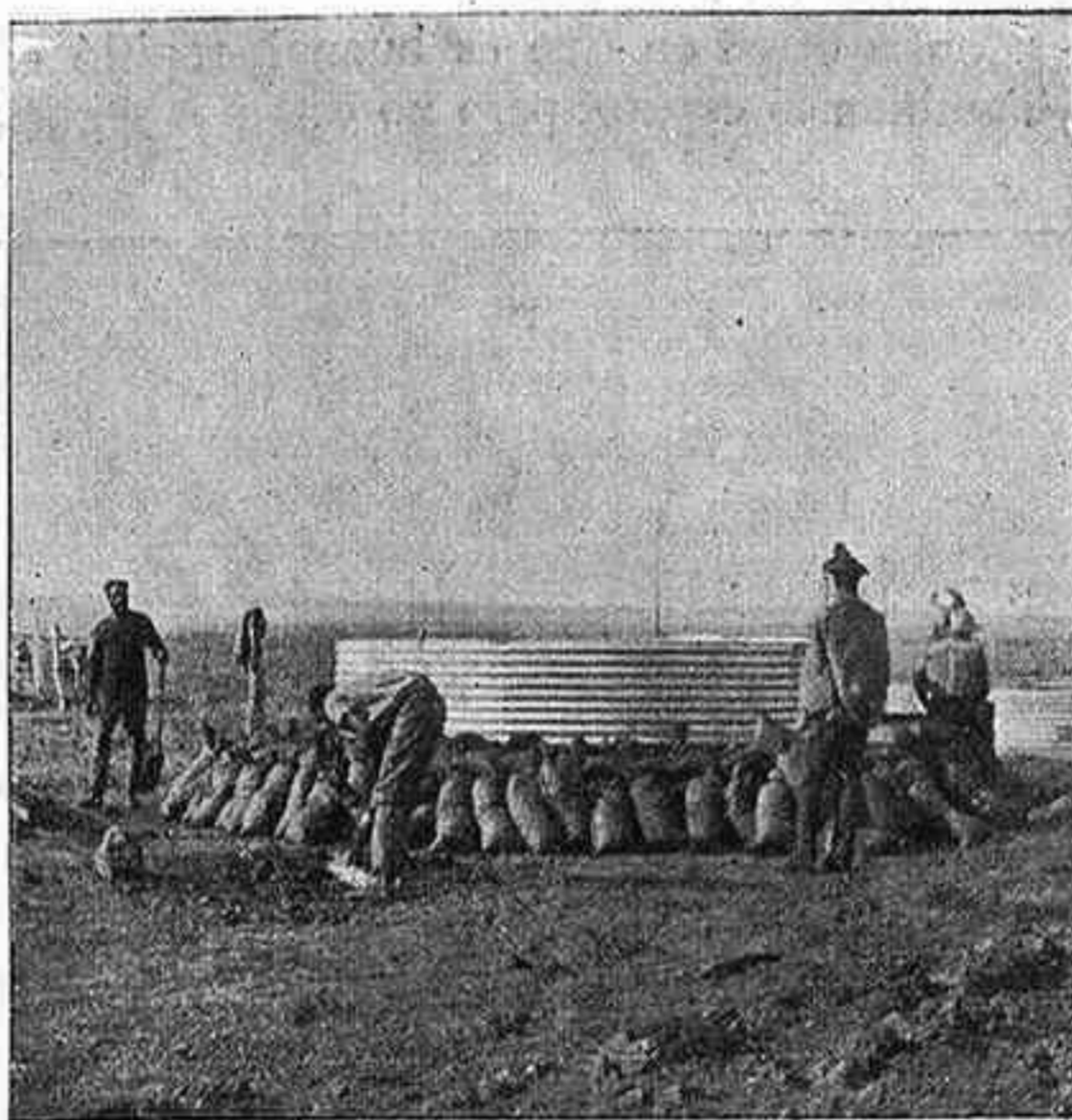
Una de las cosas que más preocupa actualmente al mayor Kitchener es la construcción de las líneas de blocaos que, una vez terminadas, formarán un paralelogramo de 60 millas de ancho por 150 de largo, en el centro del cual está la población de Reitz, en donde se encuentra instalado el general De Wet con sus tropas.

Por este medio piensa el generalísimo del ejército inglés del Africa del Sur apoderarse de su temible adversario, á quien ha de serle imposible, en su concepto, romper el cerco de fortines que á su alrededor se ha levantado. Pero puede muy bien suceder que en esto, como en muchas otras cosas, sufran tremendo desengaño los estratégicos de Inglaterra, ya que los boers nos tienen acostumbrados á sorpresas mucho mayores que la que significaría el salvar el peligro de que hoy se ve amenazado, según parece, uno de sus más hábiles y valerosos caudillos.

La construcción de estos blocaos es sencillísima, según puede verse por los grabados adjuntos; los materiales de que se componen son fácilmente transportables, y en muy pocos días puede quedar terminado uno de estos pequeños fuertes á prueba de fusil, cuya utilidad, indiscutible en ciertas guerras, no lo es tanto en otras de la índole de la que hoy sostiene Inglaterra en el Africa austral.

Los blocaos levantados por los ingleses en el Orange y situados á una distancia de 600 ó 700 metros uno de otro, se comunican todos entre sí por medio de teléfonos y telégrafos, pudiendo pedirse refuerzos desde cada uno de ellos cuando se ve ame-

cenos que habían sido cercados y que de otro modo no se habrían rendido, y opinan que la guerra no está ni medio concluida. Uno de ellos á quien



CONSTRUCCIÓN DE UN BLOCAO. - Los cimientos

preguntamos qué opina de los ingleses, contesta que nos odia, pero que lo que acaba de ver en nosotros le agrada. Según parece, sus jefes les hacen creer que fusilamos á todos los prisioneros; de aquí su extrañeza al ver que les tratábamos amablemente y les ofrecíamos comida y una taza de café. Otro nos dijo

darse á las afirmaciones del oficial inglés que dejamos copiadas es la inhumanidad cometida con el comandante Scheepers. Este fué hecho prisionero, no en el campo de batalla, sino en una granja en donde se encontraba gravemente enfermo: una delación le puso en manos de las autoridades británicas, y éstas, procediendo con incalificable crueldad, ordenaron que se le operase como enfermo y se le fusilase luego como rebelde. El infeliz fué llevado casi moribundo al lugar de la ejecución.

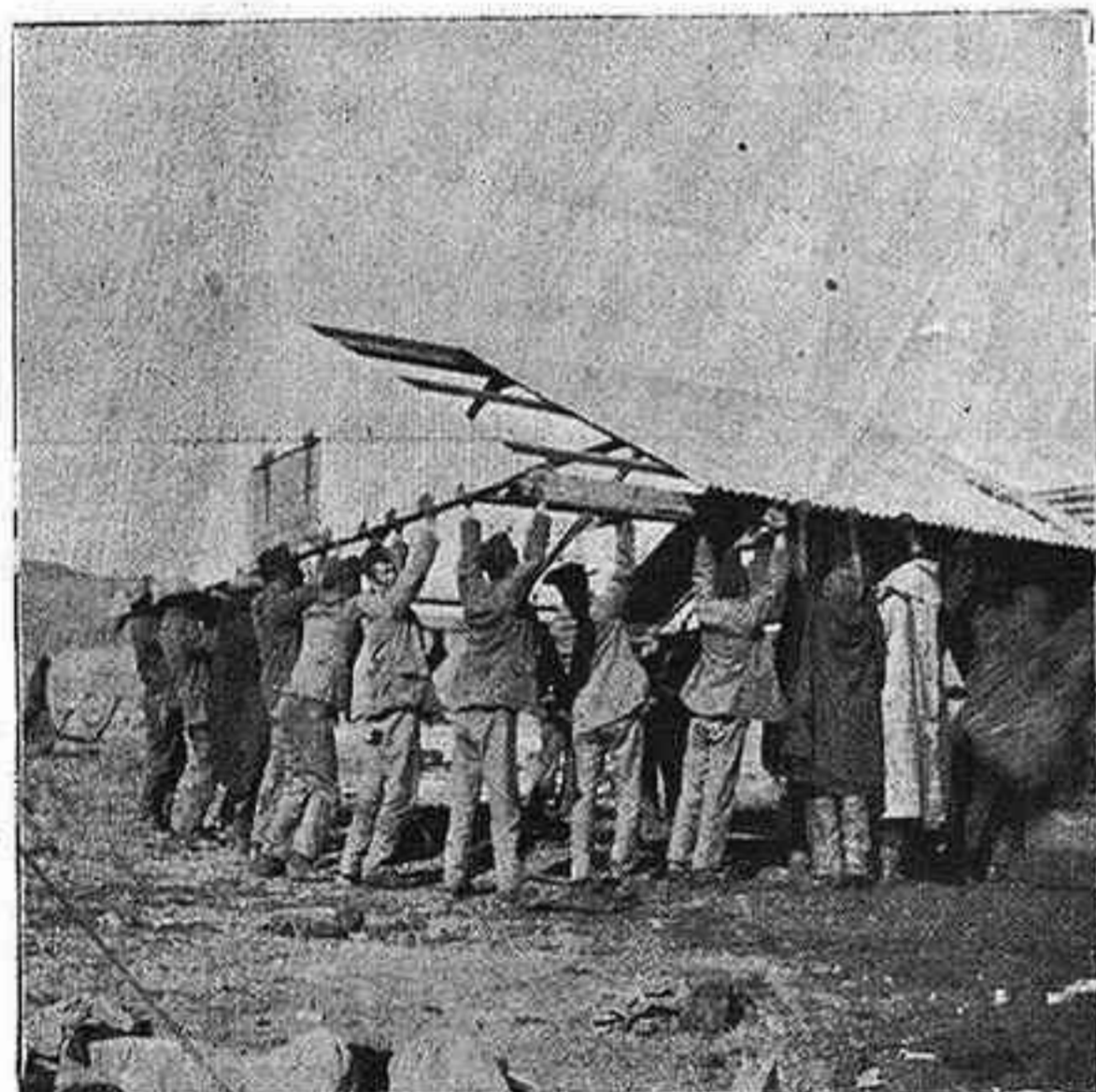
Este fusilamiento, que viene á aumentar la larga serie de horrores cometidos por los ingleses, no ha hecho más que exasperar á los boers, llevar á sus filas á un gran número de afrikanders que hasta ahora no habían querido intervenir en la lucha, y levantar una protesta enérgica contra tan bárbaros procedimientos en todos los países civilizados y hasta en la misma Inglaterra, en donde son muchos ya los que abominan de los procedimientos puestos en práctica por Kitchener, considerándolos impropios de un pueblo culto y cristiano y poco á propósito para facilitar la conquista de las Repúblicas sudafricanas. - X.

\* \*

## UN TRANVÍA ELÉCTRICO RÁPIDO

EN LOS ESTADOS UNIDOS

La «Union traction C<sup>o</sup>» ha inaugurado recientemente entre Indianópolis, Anderson y Marion una

CONSTRUCCIÓN DE UN BLOCAO  
Colocación del techoCONSTRUCCIÓN DE UN BLOCAO  
Aspecto del blocao en el segundo día de su construcción

nazado por el enemigo. Esto parece muy práctico y fácil, y sin embargo, si bien se mira, presenta no pocos inconvenientes, pues aparte de que el sistema exige el empleo de numerosas fuerzas distribuidas en pequeños grupos y en una gran extensión, sucede muchas veces que el enemigo, antes de atacar el blocao, tiene buen cuidado de cortar los alambres telefónicos y telegráficos que le ponen en comunicación con los inmediatos.

Los ingleses confían mucho en los buenos resultados que han de darles las líneas de blocaos; veremos si el tiempo les da la razón.

De una correspondencia de un oficial inglés que inserta un periódico de Londres traducimos los siguientes párrafos:

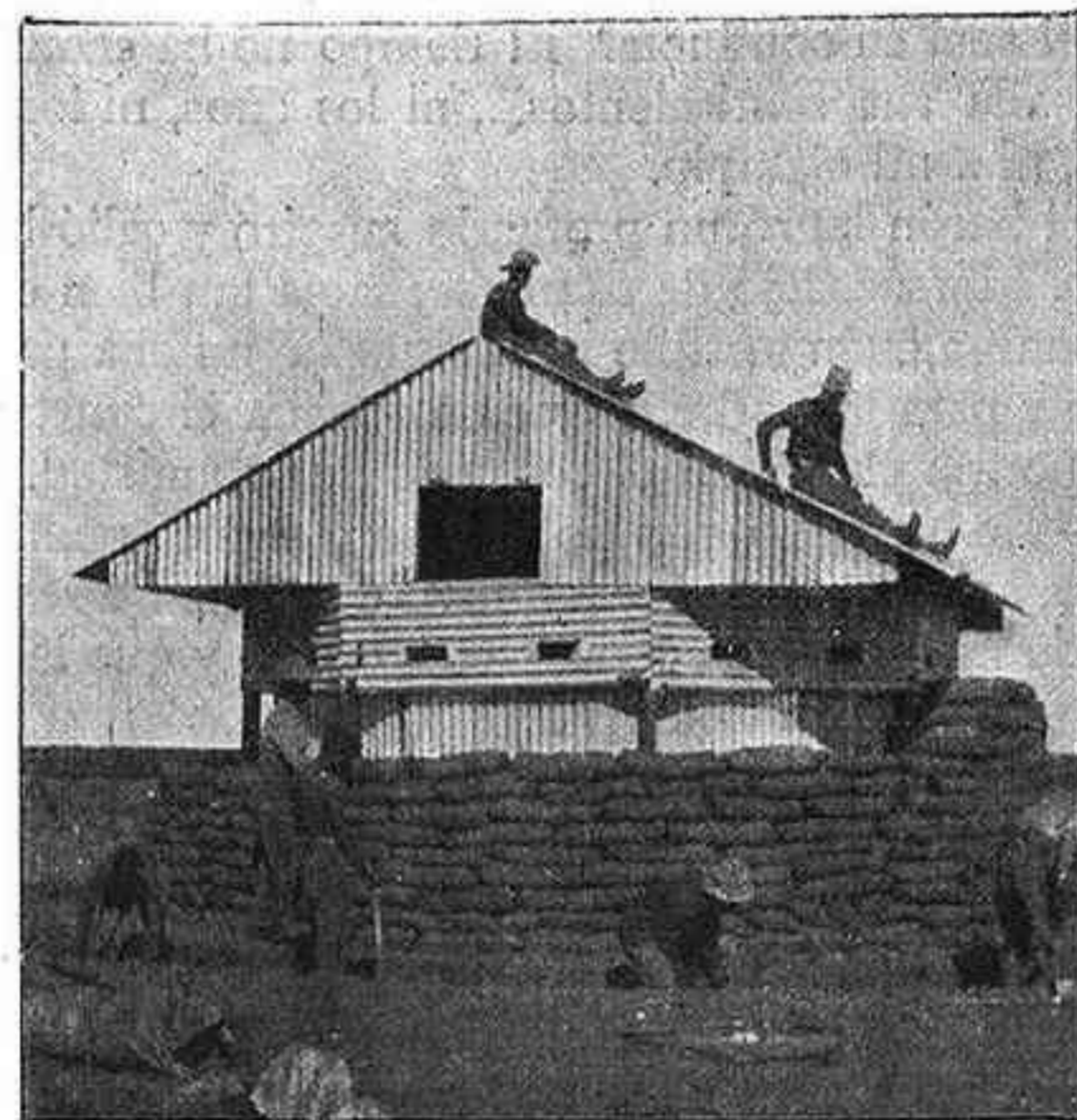
«Desde las alturas en que estamos acampados se distinguen numerosas granjas boers desiertas, varias de ellas ocultas entre frondosas espesuras. En todo el espacio que ocupan no se notan señales de vida; ni siquiera ha quedado un perro para ladrar á los intrusos.

»Hace dos días nos aventuramos á llegar hasta la granja más próxima, á más de dos millas de distancia; hallábase en buen estado, pero completamente abandonada. Lo que más nos agradó fueron los jardines, llenos de toda especie de hermosas flores y de árboles frutales que producen exquisitos albrichigos, ciruelas, manzanas, albaricoques, naranjas y limones. A la vista de esta naturaleza es imposible no reflexionar que cuando la guerra haya terminado, este país, si se cultiva cuidadosamente, será muy superior á California, pues no toda la riqueza del Africa del Sur consiste en el oro y en los diamantes.

»Una columna de nuestras tropas nos ha traído algunos prisioneros, á quienes invitamos á sentarse y con quienes hemos entablado conversación. Dí-

que si Inglaterra gobernaba el país paternalmente, excluyendo por completo del poder á los agitadores, encontraría poca oposición de parte de los boers.»

Los hechos no confirman tales optimismos, ya que la lucha continúa con el mismo encarnizamiento; y digan lo que quieran los partes del generalísimo inglés, en que da cuenta de victorias diarias y de



CONSTRUCCIÓN DE UN BLOCAO. - El blocao terminado

continuas presentaciones, los boers no parecen dispuestos á cejar en su empeño, y sus fuerzas no decaen á pesar de que de las listas de bajas que los generales ingleses comunican debería deducirse que apenas quedan boers en armas.

En cuanto á los procedimientos de los invasores con los prisioneros, la mejor respuesta que puede

línea de tranvía eléctrico de 155 kilómetros de longitud, que puede ser considerada como el tipo mejor entendido de tranvía rápido interurbano. Corre sobre una línea especial construída como la de un ferrocarril, paralela á la gran línea del «Cleveland Chicago Railroad,» y hace el servicio entre las mismas localidades. Aunque se para en muchos más sitios que el tren, emplea el mismo tiempo que éste en su recorrido.

Para conseguir este resultado, los convoyes del tranvía llevan una velocidad de 100 kilómetros por hora. Constan de un solo vagón para 100 asientos y se suceden regularmente de hora en hora en los dos sentidos.

La corriente eléctrica (á la presión inicial de 15.000 voltios reducida á 250) se transmite al motor por un cable eléctrico.

La línea es de una sola vía con varios desvíos para los cruces, y á fin de garantizar la seguridad, hay en cada uno de éstos una estación telefónica que permite á todos los conductores comunicarse entre sí y recibir órdenes del inspector de Indianópolis. Estas estaciones telefónicas están formadas simplemente por una caja fija en un poste que encierra una toma de corriente, merced á la cual puede el conductor ponerse en comunicación sin abandonar la plataforma del coche.

Otra particularidad de este tranvía consiste en el empleo de subestaciones eléctricas móviles para la distribución de la corriente, que van instaladas en una especie de furgón automóvil que puede ser transportado por la vía al punto que se desee, según las necesidades del servicio.

Esta primera línea de la «Union traction C<sup>o</sup>» servirá sin duda de prototipo para la instalación de muchos tranvías eléctricos extrarrápidos, así en los Estados Unidos como en otros países.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DESCRIPCIÓN DEL PERÚ, por Tadeo Haënke, socio de las Academias de Viena y de Praga. — Un tomo de 320 páginas con el retrato del autor, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en la tipografía «El Lucero» de Lima.

APUNTES DE VIAJE del R. P. Fr. Gabriel Sala. — Exploración de los ríos Pichis, Pachitea y alto Ucayali y de la región del gran Pajonal. — Un tomo de 196 páginas con varias láminas, dos retratos del autor y dos planos, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la tipografía «La Industria».

LAS MONTAÑAS DE AYACUCHO Y LOS RÍOS APURIMAC, MANTARO, ENE, PERENÉ, TAMBO Y ALTO UCAYALI, por el coronel D. Pedro Portillo. — Un tomo de 136 páginas, profusamente ilustrado, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta del Estado.

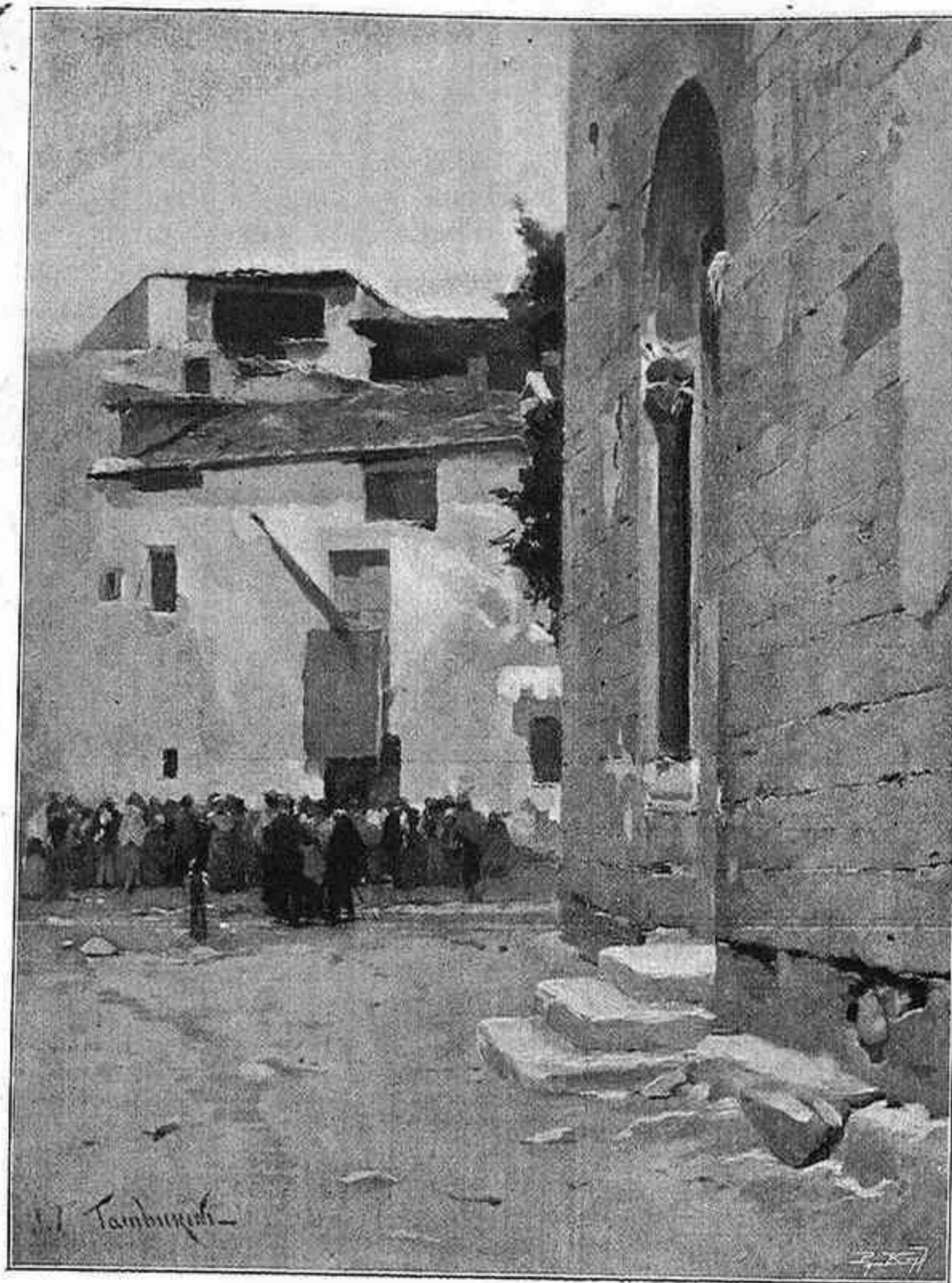
TOMÁS GORDEIEFF, por Máximo Gorki, traducción de A. Riera. — Novela de costumbres rusas. Un tomo de 327 páginas, editado en Barcelona por Luis Tasso. Precio, una peseta.

LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA, por Benjamín Endara. — Folleto de 14 páginas, impreso en la tipografía de la Escuela de Artes y Oficios de Quito (Ecuador).

PENAS DE AMOR, barcarola para canto y piano, música de Mercedes de Argila Niqui, letra de Luis Antonio R. de Orca. Tirada de 200 ejemplares hecha en Barcelona por los editores de obras musicales Llobet y Mas.

LAS IRRIGACIONES DE LA COSTA. — Estudio dedicado al Excmo. Sr. D. Eduardo López de Romaña, Presidente Constitucional de la República del Perú, por Federico Moreno, miembro fundador de la Sociedad Geográfica de Lima. — Un tomo de 226 páginas, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta del Estado.

MEMORIA QUE EL MINISTRO DE FOMENTO D. AGUSTÍN



PLAZA DE BESALÚ, cuadro de José M.ª Tamburini

DE LA TORRE GONZÁLEZ PRESENTA Á LA LEGISLATURA ORDINARIA DE 1901. — Un tomo de 273 páginas que comprende además las memorias de las Direcciones de Fomento y Obras Públicas, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta «El Lucero.»

PORTFOLIO «GALICIA.» — Obra que se publica en cuadernos que contienen diez láminas, cada una con vistas de paisajes, monumentos, tipos, etc., de Galicia. Editada por la viuda de Ferrer é hijo, de la Coruña. Precio, 60 céntimos cuaderno.

LISTAS DE LOS COLEGIOS DE PROCURADORES, ABOGADOS Y ESCRIBANOS Y GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1902. — Un tomo de 315 páginas, impreso en Barcelona en el establecimiento tipo-litográfico de José Cunill Sala.

DE BUENA CEPA, por Francisco Acebal. Ilustraciones de Apeles Mestres. — Novela de costumbres que forma parte de la «Biblioteca Mignon», editada en Madrid por R. Rodríguez Serra. Precio, 75 céntimos.

POESÍAS de Julia D. Febles y Cantón. — Un tomo de 80 páginas con el retrato de la autora y un prólogo de D. José Peón y Contreras, impreso en la tipografía «Gamboa Guzmán», de Mérida de Yucatán (Méjico).

ORFEO CATALÁ DE BARCELONA. — TOURNÉE ARTISTIQUE AU MIDI DE LA FRANCE. — Folleto ilustrado con una portada y retratos de Ramón Casas, dibujos decorativos de Alejandro de Riquer y fotografías, lujosamente impreso en Barcelona en el obrador gráfico de Thomas. Precio, una peseta.

ELENA. NOVELA DE UN CAPUCHINO, por Enrique Murger. — Tomo 80 de la «Biblioteca Diamante» que edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

LUCHA DE SEXOS, por Pio Viaggi, traducción de los Sres. Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo. — Un tomo de 392 páginas que forma parte de la sección de Ciencias Sociales de la «Biblioteca Scevola», que publica en Madrid la casa «Legislación Española.» Precio, cuatro pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Fotografía práctica, mensual ilustrada; La Instrucción Pública, quincenal; Crónica de Barcelona, semanal (Barcelona); La Lectura, mensual ilustrada (Madrid); Gaceta Médica de Granada, quincenal; Revista mensual de la Cámara Mercantil (Barracas al Sur, República Argentina); Revista de Instrucción primaria; La Revista Nueva, mensual (Santiago de Chile).

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
 Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**— ENFERMEDADES DE LA PIEL —**  
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Cie. B<sup>te</sup> St-Denis

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

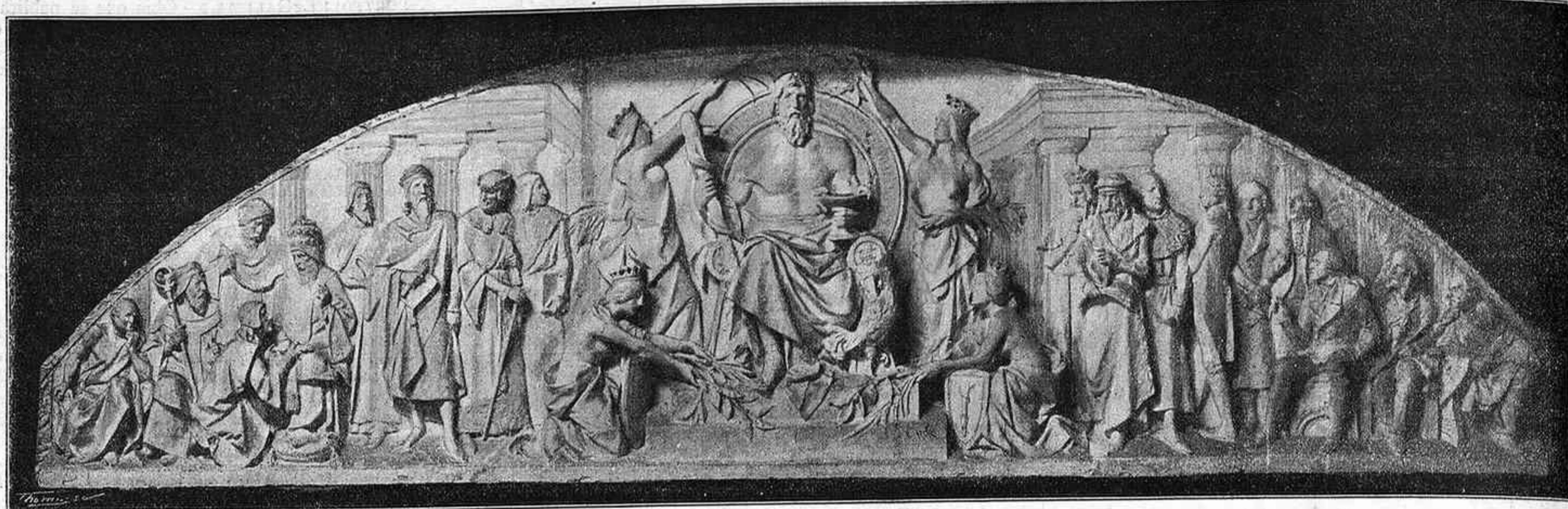
**PILDORAS DEFRESNE**  
 A LA PANCREATINA  
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.  
**DIGESTIVO** el más poderoso el más completo  
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.  
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.  
 POLVO - ELIXIR  
 En todas las buenas Farmacias de España.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguando la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
 PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.





Timpano del hospital clínico recientemente edificado en Barcelona, obra del distinguido escultor Rafael Atché

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin n.º 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET-HONOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS GLOMERULOSIS  
**VINO AROUD**  
 CARNE-QUINA-HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**PÍLDORAS MOUSSETTE**  
 Neuralgias, Jaqueca, Ciática.  
 CLIN y COMAR - PARIS  
 En todas las Farmacias.  
 650

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de éxito.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
**SALUD DE LAS SEÑORAS**  
 (NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)  
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.  
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN